

PASEO HUMORÍSTICO A TRAVÉS DE LAS RELIGIONES Y DE LOS DOMAS



MAÎTRE SIMON

0000

www.omegalfa.es

Biblioteca Virtual

Maître Simon

*Paseo humorístico
a través de las religiones y de los dogmas*

www.omegalfa.es

Biblioteca Virtual

Presentación del autor

El autor ejerció su profesión de abogado durante treinta años. Su carrera fue un éxito continuo. Desde luego, no era un melancólico. En el tribunal correccional, su verbo endiablado, su espíritu malicioso, su alegría comunicativa, desarrugaban el ceño incluso al mismo inculpado.

En el tribunal civil, su talento original, en lógica oportuna, hacían divertidos y agradables los procesos mas fastidiosos.

Releyendo las obras del "Libre Pensamiento" observó que bajo el punto de vista de la propaganda activa, las mejores de ellas eran muy defectuosas. Además eran caras. Concebidas en un estilo excesivamente refinado y prolijo sólo estaban al alcance de las personas mas letradas. Muchas de esas obras eran, además, fastidiosas, mortalmente fastidiosas..

A fin de remediar tal inconveniente, vulgarizar todas las nociones relativas a las religiones y hacer que el "Libre Pensamiento" fuera accesible a todas las inteligencias y a todas las fortunas, Maître Simon, después de numerosas y laboriosas investigaciones, escribió en el estilo claro, límpido, juguetón y espiritual que le son propios, el "Paseo humorístico a través de las religiones y de los dogmas"

Prefacio a la edición de 1914

El «Viaje humorístico a través de las religiones y de los dogmas», apareció hace algunos años, en dos volúmenes de 200 páginas cada uno. Esa obra estaba destinada a poner al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias, las nociones esenciales concernientes a las religiones. El éxito obtenido en Francia y en el extranjero fue considerable.

Esta obra, que solicitaba especialmente que fueran retiradas las efigies de Cristo de las salas de los tribunales y de las escuelas, así como la separación de las Iglesias y del Estado, había envejecido un poco. Así que he querido reemplazarla, junto a "La explotación de los dogmas por el clero", por el " Paseo humorístico a través de las religiones y de los dogmas", tan vivaz, tan documentado e incluso mas completo que el "Viaje", y en un solo volumen.

El público ha declarado el "Paseo" tan instructivo y divertido que le ha dispensado un éxito singular.

Gracias mil por esa cordial y lisonjera acogida

Bar-sur-Seine

MAÎTRE SIMON

INTRODUCCIÓN

Si Dios existe, ¿para qué los curas?

A.CAMUS

Desde hace algún tiempo voy recogiendo el material susceptible de poder, en el porvenir, contar con cuantos pensamientos filosóficos, elucubraciones literarias, cuantas notas lógicas puedan ser susceptibles de ilustrarme de las cuestiones de orden religioso.

Pensaba y sigo pensando aún, que todo lo que se reúna de serio al respecto, no dejará de ser útil si logramos hacer oír nuestra voz en España, pues, si en general la religión es el opio de los hombres, creo que allá no sólo es el opio, sino más aún: veneno.

Veneno destinado a matar el más elemental instinto de dignidad humana. Pienso que si entre los muchos prejuicios que frenan el avance intelectual de la humanidad existe uno que prepondera, es precisamente el religioso, pues que promueve la esclavitud voluntaria, hace del sexo un tabú, ejercita y predica la autoridad, permitiendo y aceptando desde la niñez la fatalidad de toda ella, desde la paternal hasta la militar y así, vía, vía...

Fue precisamente haciendo inventario de una muy nutrida biblioteca amontonada en un granero, que di con el libro que oso presentar. Me pregunté si sería conveniente traducirlo a nuestra lengua para que, aquellos que andan escasos de conocimientos, pudieran tomarlos de él, con lo que no pueden perder nada los iniciados y ganar mucho los inquietos y los profanos en la materia.

Verá el lector cuánta razón asiste a Leo Champión cuando dice que la Biblia es una "obra pornográfica"; cuan dilecto es el pensamiento del Sr. Caubel, profesor de esperanto, al preguntarse cómo

es posible que la Biblia, el "best seller" que se conoce, tenga más difusión que nuestro D. Quijote, superior, en mucho y en todos los sentidos, filosófico, literario, lógico, etc., al primero.

E. Armand -el maestro Armand- como me decía una amiga hablando del anciano escritor anarquista, constata la poca personalidad del individuo sometido constantemente a la idea de Dios y dice: "Debe consagrarse al servicio de la divinidad, imponerse toda suerte de privaciones, abstenerse -pese al deseo que le devora- de los goces de la vida, compungido hasta la hora de la muerte, por la duda latente, ignorando si ha cumplido debidamente o no para calmar la cólera de Dios, de ese tirano que exige de sus criaturas un acatamiento y una devoción completos, absolutos, ciegos.

Doménico Pastorello en "*Dios, momento de la evolución*", dice "Dios hipótesis, no es el chino pequeñito o el esparadrapo puesto sobre la herida. ¡Es muy otra cosa! Si sus víctimas pudiesen levantarse de sus sepulcros, ni uno solo de los altares actuales quedaría en pie."

Y seguiríamos señalando infinitamente los ejemplos, los pensamientos, las deducciones. No queremos terminar sin antes citar a Han Ryner. "Dios -escribe- es un ser peligroso. En los actos de detalle, como en lo general, él ha esparcido el mal."

Yo sé de cuan pobres sofismas S. Agustín, Malebranche, Leibnitz y un cierto número de genios menores tratan de excusarlo y justificarlo. Todas las desgracias: muerte, sufrimientos, injusticias, no serían, según ellos, obra del creador, sino de las criaturas y de su libre arbitrio. En nombre de Aquel que, al parecer, ha hecho todas las cosas para su mayor gloria, se nos repite la palabra ridícula de los niños: "No he sido yo, Señor". En realidad, si tú eres omnipotente, tú eres el responsable.

Terminemos, pues debemos dar paso a la obrita que nos hemos propuesto traducir. Ella está llena de datos tomados bajo el

punto de vista sonriente, cuando no mordaz y saturado de ironía. Terminemos de abrirle la puerta, permitiéndonos una anécdota.

En torno a una mesa estaban sentadas personas de indudable eclecticismo. A una de aquellas personas se le ocurrió, comentando las maravillas científicas actuales en relación con lo logrado por Von Braun con la recuperación de la cápsula que todos sabemos, exclamar: "Es el caso, ante un tal equilibrio, el preguntarse si Dios existe verdaderamente". A lo que, socarrón, un niño respondió: "Si existiese habría inventado la televisión antes que nada para que todos lo pudiéramos ver". Con lo que hizo sonreír a todos los circunstantes, cerrar sus bocas y abrir grandes los ojos.

En fin, lector aburrido o interesado, inquieto o conformista, tu mismo verás si el tiempo empleado en esta traducción hubiera sido mejor invertirlo en otro menester. A ti corresponde seguir leyendo o dejar de hacerlo, pues, de mi sabrás que mientras sea tu libre albedrío quien te dicte tus acciones, satisfecho me tendrás, porque no seré yo, amigo de la libertad, quien te obligue, ni a leer ni a dejar de hacerlo.

F.FERRER

Capítulo I

LOS DILUVIOS / LA FLOTA INTERNACIONAL / EL TRASATLANTICO DE NOE /
LA BARCA DE DEUCALIÓN / EL BAJEL DE XISITHRUS / LA CASA FLOTANTE
DE FIERAS DE VAISVASVATA.

La Tierra sufrió, antiguamente, movimientos que hundieron una parte de ella y pusieron a flote otra parte. Las partes sumergidas se reconocen actualmente y de forma más o menos fácil gracias, sobre todo, a los miles de variedades de mariscos que se hallan en los terrenos que las componen.

Los sacerdotes de las diversas religiones se han adueñado de esas trazas evidentes de antiguas inundaciones con el objetivo de aterrorizar a la humanidad. En tal pensamiento hubo, entre ellos, unidad. Y no han dejado de declarar que aquellas habían sido causadas por la desobediencia de los hombres a las leyes divinas. De ahí nacen los diluvios de que nos hablan los diversos cultos.

Las religiones griega y romana cuentan que el principal de sus dioses, Júpiter, furioso al ver la perversidad de los hombres (¡hay que ver cómo todos los dioses están siempre coléricos!), sublevó e hizo desbordar el Océano, al propio tiempo que hacía caer lluvias terribles e incesantes que inundaban la tierra. Solamente Deucalión y Pyrra, -su mujer- lograron escapar en una barca que se paró, cuando se secaron las aguas, sobre el monte Parnaso.

Los caldeos enseñaban que un santo llamado Xisithrus, advertido por Dios de un próximo diluvio, hizo construir un bajel, a bordo del cual, junto con su familia, logró escapar del desastre.

Pero -hombre prevenido vale por dos-, al objeto de conservar la especie, embarcó con él a toda clase de animales. El diluvio duró siete días. El navegante soltó una paloma, luego una golondrina.

Ambos animalitos, no viendo nada más que agua, regresaron al bajel. En fin, un cuervo fue lanzado y éste no volvió.

La religión hindú cuenta que un sabio llamado Vaïsvasvata, se bañaba en un afluente, cuando un pececillo diminuto y la mar de bonito varó en la arena junto a él. En realidad no era otra cosa sino un embajador enviado al santo por Visnú, uno de los dioses de la trinidad brahamánica. Pero no le dijo nada de su misión. Aquel pececillo era tan pequeño que no hablaba ¿Se habrá visto nunca nada más discreto que un pececillo?.

El nuestro pidió simplemente a Vaïsvasvata que le permitiera tomar al pez bajo su protección, pues al parecer estaba perseguido por otros grandes peces que querían comérselo.

Y así, el buen hindú lo recogió, lo puso en un jarro lleno de agua y se lo llevó a casa. Pero su protegido se puso a engordar y a crecer de tal manera que pronto tuvieron que ponerlo en el Ganges y luego en el mar, elemento único capaz de contenerlo. Era un gigante.

Fue entonces cuando nuestro pez-embajador se dignó hablar por fin, anunciando a su salvador que un diluvio tendría lugar en breve y le ordenó construyese un buque en el que tomaran plaza toda la familia, amén de una pareja de todos los animales y numerosas simientes. Vaïsvasvata no dejó caer el consejo o la orden en saco roto.

En cuanto la embarcación se mantuvo sobre el agua, el motor, bajo la forma de un pez enorme, provisto de un cuerno singular, se presentó ante él. Vaïsvasvata, ocasionalmente capitán de navío, ató una cuerda a la proa de su buque y el otro cabo al cuerno del monstruo; éste, remolcador dócil, lo condujo a donde quiso. Hay que dar una buena nota a la leyenda hindú por haber pensado en asegurar la dirección y la movilidad del buque, cosas que otras leyendas han olvidado.

Actualmente se poseen toda clase de motores. Hasta el movido por la energía atómica.

Vaïsvasvata había imaginado el motor sirviéndose de las aletas de aquel monstruo. El más económico de todos. Parece que las compañías de navegación han sentido crudamente su desaparición. Al cabo de algunos años, el pez remolque condujo el buque sobre la cima del Himalaya, donde varó.

En la narración de la Biblia, el hombre piadoso se llama Noé, Dios le advierte de un diluvio futuro. Entonces, ese Robinsón bíblico construye una especie de trasatlántico de ciento cincuenta metros por veinticinco de ancho. La construcción duró cien años.

Noé se introdujo en el barco con su mujer, sus hijos, sus esposas, y una pareja de animales (de los puros siete) y, además, comida para todo dios.

Hechas ya las preparaciones, Dios produjo el diluvio de la forma mas simple. Abrió los grifos del cielo que la Biblia considera un inmenso depósito de agua. Por aquellos enormes vomitorios, el líquido cubrió en poco tiempo la Tierra de una inmensa capa de agua.

Noé, su familia y los animales, permanecieron encerrados durante 363 días. Llovió, como saben los niños de teta, durante cuarenta días y cuarenta noches, al cabo de los cuales Dios cerro los grifos. (génesis, VII y VIII). Aquel parque zoológico se paró al fin sobre el monte Ararat.

Tales son algunas de las narraciones que las religiones nos hacen de los diluvios de que fue víctima nuestro pobre planeta hace ya tantos años.

En fin de cuentas, observamos que, en ese crítico momento, no solamente paseaban con su trasatlántico Noé y su familia. Estaban también los otros. La barca de Deucalión, el bajel de Xisithrus y el transporte del capitán Vaïsvasvata. En realidad una flotilla balan-

ceándose gozosamente al arrullo de las aguas. Nada prueba que esos buques no se hallaran en su deambular. Quién sabe si, de un esquife a otro, no se invitaron para comer juntos. Los elementos para un buen banquete no faltaban. Era la edad de oro para ellos, pues todo lo tenían al alcance de la mano. Nunca se vio despensa mejor poblada.

No hay duda de que deberían cambiar impresiones y explicarse muchas cosas. Además, como se sabe, Noé era un hombre encantador. Bebía y ofrecía con mucha simpatía el vino que había inventado. Además le gustaba la dulce y comunicativa alegría. Es posible que, además, para matar el tiempo, nuestros navegantes se divirtieran organizando alegres regatas...

Esta abundancia de buques, esta flota internacional, responden victoriosamente a las críticas de los impíos, quienes pretenden que el transporte gratuito construido por Noé no hubiera podido contener todos los animales, sus pequeños y su comida.

Vaïsvasvata, no hay que olvidar, y los otros, habían embarcado cuanto pudieron también.

Es verdaderamente una lástima, que los defensores del diluvio y el trasatlántico católico de Noé no hayan pensado en este argumento sin réplica posible.

CAPITULO II

LA MANZANA DE LA SEÑORA EVA, DOGMA TOMADO DE LOS PERSAS / HISTORIA DE TRES SERPIENTES RELIGIOSAS

Existe una tradición muy acreditada; es la que concierne al fruto mordido por nuestra pretendida abuela Eva, arrancado por ella, bajo consejo de una maliciosa serpiente, del árbol de la ciencia del

bien y del mal. Generalmente se cree que ese fruto era una manzana. Es un punto que nosotros vamos a examinar.

Todo el mundo sabe que este gravísimo delito hace nacer criminales a los niños. ¡Ello bastaría para asquear a cualquiera del matrimonio! ¡Engendrar bandidos, procrear damnificados, vaya ocupación deplorable!. Evidentemente este será el motivo por el que la Iglesia prohibió a los curas el casamiento: para evitar que los sacerdotes se conviertan en padres de tales niños monstruos. ¡Cómo va un cura a dedicarse a la fabricación de tales réprobos! ¡Vamos, pues ni pensar en ello! Tal industria no puede convenir más que a simples mortales.

Gentes irrespetuosas se han permitido decir que el pecado de Eva era mínimo, que el Eterno había hecho mucho ruido por tan pocas nueces y que no valía la pena mover cielo y tierra por una manzana de un céntimo. Un juez de paz hubiera condenado, todo lo más, a un franco de multa el pecadillo de nuestra abuelita. Hacer crucificar a Jesús, es decir, hacer cometer un asesinato para redimir el robo de una manzana, no podría considerarse sino la obra de un loco furioso.

"¿Quién es ese Dios - escribe Diderot- que mata a Dios para apaciguar a Dios?" Lo más extraño es que no se sabe a ciencia cierta cuál es el verdadero fruto que pudo causar tal asesinato redentor, pues la Biblia jamás especificó la clase de fruta que fue mordida por la primera mujer. Allí se habla simplemente de un fruto. Podemos pues entregarnos a todas las suposiciones, ¿Era una manzana, una pera, un albaricoque, una cereza?

Según la Biblia, es el Espíritu Santo quien dictó el libro. Pero, sobre este punto, no se hizo ninguna precisión. En todo caso, parece ser cierto que no era una fresa ni un pepino, pues la Biblia habla de un árbol especificando que estaba plantado en mitad del jardín.

Otro punto, y este -felizmente para los naturalistas- fue fijado de forma indudable, es que anteriormente a dicha época las serpientes estaban provistas de patas... En efecto, en la Biblia, el Eterno condena a la serpiente para castigarla a que se arrastre. Llegamos, pues, a la conclusión de que antes de tal condena, la serpiente no se arrastraba sino que andaba, era pues una especie de lagartija, la cual, expropiada de sus patas por una venganza divina, se transformó en una simple culebra.

Yo sé muy bien que las historias santas nos explican que la serpiente-lagartija era un verdadero diablo. Solamente que estaba disfrazado.

Debo pedir perdón a la historia sagrada, pero es el caso que ella falsifica brutalmente la Biblia. Esta no dijo jamás que la serpiente fuera un diablo. Dice incluso lo contrario. En principio, la Biblia tiene mucho cuidado en contarnos que "la serpiente era el más fino de los animales de los campos que el Eterno había creado" (Génesis, Cap. III) Lo que indica que el diablo no tenía nada que ver en el asunto. Luego, la Biblia nos hace saber que el Eterno, furioso, condenó al animalito a arrastrarse, es decir, a perder sus patas, lo que es un castigo absolutamente personal para la serpiente (Larroque, "Examen crítico" I, 374). Es una falta de respeto para la divinidad, el creerla capaz de arrancar los brazos a una lagartija para castigarla de un crimen cometido por el diablo.

Por otra parte, no existían aun los diablos en la época del Paraíso terrenal. Ellos fueron inventados y aparecieron en la Biblia muchos años después. Los judíos los tomaron de otros pueblos bastantes años mas tarde.

En realidad, la fábula de la creación de Adán y Eva y la narración de la seducción, tal como los presenta la Biblia, son de origen persa. Los persas cuentan que Meschia y Meschiana nacieron de un árbol que los produjo a manera de fruto. Esa pareja humana era perfectamente feliz, inocente, inmortal. Habitaban un paraíso

terrestre regado por grandes ríos y llamado Eren. "Meschia y Meschiana, –nos dice el Zen Avesta (la palabra viviente), el libro sagrado de los persas–, eran puros en principio y eran la felicidad de Ormuz (el dios bueno). Pero Ahriman (el diablo), celoso de su felicidad, se les presentó en forma de culebra; les ofreció diversos frutos y les persuadió que era él el creador del Universo.

Ellos dieron fe a sus palabras y se hicieron sus esclavos; su naturaleza fue corrompida a partir de aquel momento y esa corrupción afectó a la posteridad"

CAPITULO III

EL PECADO ORIGINAL. SU CREACIÓN POR SAN AGUSTÍN 4.425 AÑOS DESPUÉS DE LA MANZANA Y 400 AÑOS DESPUÉS DE JESÚS

En los primeros tiempos del mundo bíblico, los frutos debían ser extraordinariamente caros y rarísimos. Los del Paraíso terrestre, sobre todo, debían costar un ojo de la cara. Tal circunstancia, en efecto, es necesaria para explicar la terrible ira en que se puso el padre eterno, quien, por el robo de un fruto (ese pecadillo insignificante), condenó al hombre y a la mujer, hasta entonces felices inmortales, al sufrimiento y a la muerte, y los puso, como a inquilinos, en la puerta del Paraíso.

Hasta los pobres animales, aunque no hayan comido jamás –como muy espiritualmente se ha observado– heno prohibido, también están condenados al sufrimiento y a la muerte.

Su superioridad sobre el hombre es manifiesta. Ellos no han imaginado, para explicar sus desgracias, la horrorosa teoría del pecado original.

Desde luego, debernos rendir justicia a la Biblia, a los Evangelios y a los escritos de los primeros apóstoles, por el hecho que en ellos no se halla ni una sola palabra que se refiera a tal monstruosidad. En la Biblia, el Eterno condena a Adán y sus descendientes a morir y castiga a la serpiente; pero no habla para nada de un pecado original que haría criminales a los recién nacidos. (Génesis, III).

En fin, los apóstoles, respetuosos de la Biblia, admiran simplemente su versión y no añaden nada. Aún declarando hasta la saciedad que el género humano había sido condenado a muerte por el hecho de la manzana; repitiendo continuamente que Jesús había venido al mundo para rescatar las faltas cometidas individualmente por los adultos, nunca dijeron una palabra de tal pecado, inherente, según la Iglesia, a los niños que nacen y que permaneció desconocido tanto de Jesús como de los apóstoles.

Este dogma, que condena millones y millones de inocentes criaturas a ser puestos eternamente en el asador como simples perdices, porque una buena mujer comiera hace miles de años un fruto sin valor, nos viene del Africa. Fue lanzado, en el IV siglo por San Agustín, ese pervertido (léanse sus «Confesiones») quien, bautizado a los 52 años, fue más tarde obispo y fanático.

Un amigo de Agustín, llamado Pelagio, muchacho desaprensivo y lleno de sentido común, le dijo que chocheaba. Violentas controversias se levantaron entre S. Agustín y los discípulos de Pelagio. Agustín, energúmeno singular como era, se enfadó y sostuvo furiosamente el dogma, tan feroz como inmoral que él mismo había parido. Y la Iglesia lo adoptó en los concilios de 416 en Milève y 417, 424 y 431. Pero la cuestión fue discutida aún durante varios siglos.

De cuanto precede, –dice Larousse: véase «Pecado» y «Agustín»–, resulta, con la última evidencia, que al final del III si-

glo, incluso en la Iglesia latina, el dogma del pecado original no había sido aún fijado.

El autor del dogma, el que lo introdujo y podríamos decir que lo impuso a la Iglesia cristiana, S. Agustín, llegó tarde y en cierta manera para las necesidades de su polémica, a tal opinión; porque la doctrina del pecado original, tal como la había formulado S. Agustín, fue sancionada antes por diversos sínodos de Africa y en 431, por el concilio ecuménico de Efeso. Jesús (¡divina previsión!) se habría hecho crucificar preventivamente para borrar un pecado inventado 416 años después de su muerte.

Agustín condenaba sin piedad a las llamas eternas a los niños muertos sin bautizar e incluso a los fetos muertos en el seno de la madre.

Un criminal masacra una familia entera. Irá al infierno si se quiere, pero no arrastrará con él a toda su descendencia. Una mujer que roba una manzana, también irá al infierno y, según S. Agustín, también serán condenados a perpetuidad sus descendientes. A tal paso, mejor vale comer una familia entera que una manzana.

Otros teólogos, compadecidos, vergonzosos de tal ferocidad, inventaron los limbos, donde los niños muertos sin bautizo juegan alejados del Eterno, pero no sufren.

El concilio infalible de Milève (416) había condenado brutalmente los niños no bautizados al fuego eterno. Pero el Papa, no menos infalible, Inocencio o Inocente III, en el siglo XII, puso todos los diablos en el asador y restableció los limbos, que fueron tomados de la religión Romana por los católicos. En efecto, en la entrada del infierno mitológico de Roma, existía una especie de parque en el que estaban reunidas las almas de los niños, en condiciones parecidas a los limbos católicos.

Después de haber copiado el paraíso, los purgatorios y los infiernos griegos, persas y romanos, la Iglesia se apropió los limbos de estos últimos.

CAPITULO IV

LOS DOGMAS / LA RELIGIÓN DE AFICIONADO DEL CATÓLICO CONTEMPORÁNEO / EL HOMBRE CREADO CIENTO MIL AÑOS ANTES DE ADÁN / EL MUNDO MILLONES DE AÑOS ANTES DE LA CREACIÓN BÍBLICA.

La creencia en un dogma, es decir, en una monstruosidad, constituye, en lo que respecta al creyente, una abdicación completa de sus facultades. Es una decadencia voluntaria de su calidad de ser razonable y de su dignidad de hombre. De «motu proprio», pone un cerrojo sobre su inteligencia y una losa sobre su razón.

La creencia es un suicidio intelectual y el acto de fe un acto de locura. Porque el creyente se declara esclavo del sacerdote, del que hace un semidiós, sin importarle el día de mañana hacerlo su criado si colgase la sotana. Acepta a pies juntillas, empujado por una confianza invencible y un temor loco e irresistible, las más estúpidas invenciones. Y de los destinos del hombre, tan ignorante es el cura como el devoto. No es más que un ciego arrogante, que quiere conducir a otro ciego

El dogma y las religiones presuponen dos clases de seres humanos. Una compuesta de hombres inferiores, de inteligencia limitada, despreciados por la divinidad, creados para dejarse guiar por los privilegiados. Estos son los creyentes. La otra, formada por seres de esencia superior, de espíritu sublime, mitad hombres y mitad ángeles, criaturas semi-celestes y mandatarios de la divinidad sobre la tierra. Son los curas.

¡Ay!, mas cuando una religión muere y entonces el hombre viene obligado a confesar que durante siglos adoró dioses inexis-

tentes, se reconoce, al enterrarla, que todos los seres humanos son de la misma esencia y que la única diferencia existente reside en su moralidad. El día del entierro de un culto, se aperciben que no se deben clasificar los hombres en seres inferiores ni en semidioses, sino en explotados y explotadores, en embusteros y en engañados, en víctimas y gentes sin escrúpulos.

Los progresos de la ciencia han ridiculizado grotescamente las religiones basadas sobre la Biblia. El ridículo las ha matado. La risa mata un culto mejor que la indignación.

La ballena de Jonás fue muy descortés para con el catolicismo, y el arca de Noé ha terminado en un buque risible, sobre el cual nadie quisiera embarcarse. El cielo, esa bóveda pintada de azul que servía, según la ¡Biblia, de solideo a la tierra, llana como la palma de la mano, tiene mala fortuna y la ciencia escéptica ha destruido, sonriendo, el inmenso depósito colocado allá arriba, del cual el Eterno furioso abrió los grifos para causar el diluvio y duchar a la humanidad.

El gesto de Josué, parando con su puño vigoroso al Sol en su pretendida rotación en torno de la tierra inmóvil, constituye hoy un gesto desgraciado para la religión.

Nadie cree ni en el origen ni en el destino del arco-iris, el cual según la Biblia, apareció como signo de alianza entre Dios y los judíos (Génesis, IX, 13-15) y nos hacen reír las alarmas del padre Eterno temiendo que los hombres escalasen el cielo por medio de la torre de Babel para tomarlo por asalto (Génesis XI, 5-6).

Todo ha evolucionado. Y hasta el católico contemporáneo, si dice a Dios: «que tu voluntad se cumpla», añade: «y la mía también». Gran sacerdote de la religión individual que se ha trazado caballerosamente en el catolicismo, ese, ese coge, corta y pincha. Cortando cuanto está fuera de sus gustos e intereses, se ha hecho una religión cómoda, fácil, amable.

El principal de los dogmas católicos fue libelado como sigue por el concilio de Trento (1545-15,63):

«Si alguien rechaza reconocer que Adán -el primer hombre-, después de haber transgredido, en el Paraíso terrestre, el precepto divino, pidió inmediatamente la santidad y la justicia en la que había sido establecido, e incurre por tal prevaricación culpable en la cólera y la indignación de Dios... ¡sea anatematizado!» (Canon 1.1 de la quinta sesión).

La religión católica reposa, en efecto, sobre las débiles espaldas de esos personajes imaginarios que son Adán y Eva. Suprimidlos, y todo el edificio católico se hunde.

Es conocido el cuento de hadas que los crédulos autores de la Biblia han imaginado, en lo que concierne a la creación del universo y del hombre. El Dios práctico, el primer día hace la luz, de donde se infiere que hasta entonces había vivido en las tinieblas. Luego hizo todas las cosas que se saben, hasta que el sexto día toma un poco de barro, forma una figura, le sopla en las narices, le da existencia y aparece el primer hombre. Al fin, al día siguiente se reposa, después de tantos trabajos extraordinarios. Pero, luego, más tarde, sume a Adán en un profundo sueño, opera al pobre hombre y le da una mujer con la que ya se sabe lo que pasó. Después del diluvio Noé, Sem, Cam y Japhet, constituyen el origen de las diversas naciones del mundo (Exodo, X).

Y aquí interviene la Iglesia, para completar la narración con toda la secuela de castigos desde nuestros primeros «padres», el infierno, etc., y 4.000 años después Jesús aparece sobre la tierra, aprovechando su jira para crear los curas, instituir el bautismo, la eucaristía y ese conjunto de dogmas y prácticas que se llama la religión católica.

Lo que la Biblia explica acerca de la creación del mundo, de los seres animados, constituye una pura leyenda, sin la menor sombra de realidad. Según ella, tal creación remonta a seis mil años; ¡ah! la

ciencia proclama que la edad del mundo se puede contar por millones de años y el de la humanidad por centenares de miles de años. El concilio de Trento no había previsto, en su infalibilidad, tan desagradable revelación. El hombre existía mil siglos antes que Adán y el mundo y los animales, millones de años antes de la creación bíblica.

Los 6.050 años de que se habla no son, en realidad, en 1960, más que 5.964. Esta cifra comprende, por una parte, un período de 4.004, que partiría de la creación del mundo hasta Jesús; por otra parte, los 1960 que según la iglesia nos separan del nacimiento de Jesús.

Para establecer que Jesús, como anunciaban las profecías, era un descendiente de David, particularidad que debía distinguir al Mesías, el evangelio de Mateo, cap. I y el de Lucas, cap. III, han establecido dos genealogías de Jesús. La última remonta hasta Adán.

Ella comprende, desde Adán a Jesús, 75 personas y es calculando el tiempo de su existencia que S. Jerónimo llegó a la cifra de 4.004 años.

Esta es la enseñanza de la Iglesia, y lo es actualmente aún. Léase sino el catecismo de Cristino de Troyes, pág. 91: «¿Jesús, existió siempre? Respuesta: «Como Dios es el Eterno, como hombre nació unos 4.000 años después de la creación del mundo».

El concilio de Trento ignoraba también que la luz de ciertas estrellas, tardó algunos millones de años para llegar hasta nosotros. Lo que constituye para el mundo un acta de nacimiento infinitamente más alejado que el de la Biblia.

Son centenares de millares los vestigios que se han hallado del hombre antiguo. Y todos los sabios del mundo están de acuerdo sobre tal punto.

En su bella obra «Astronomía Popular», Camilo Flammarion evalúa a veinte millones de años la fecha a la cual asciende el na-

cimiento de los primeros seres vivos, y a trescientos millones el tiempo que ha sido necesario para solidificar la tierra y que su temperatura exterior descendiera a 2000. Y, de forma moderada, evalúa la edad del hombre a cien mil años.

Du Cleuziou («La Creación del Hombre»), admite evaluaciones análogas e indica también

la misma cifra que Flammarión, pensando que está seguramente por bajo de la realidad.

Actualmente, con los aparatos y las experiencias más modernas, los sabios llegan a la conclusión que se puede dar a la tierra setecientos millones de años y al hombre más de doscientos mil.

Es inútil solicitar de los maestros de escuela la neutralidad en la enseñanza, puesto que la ciencia y la astronomía destruyen forzosamente los errores que constituyen la base del cristianismo.

Las ceremonias del culto podrán durar aún y el ejército inmenso que vive de las religiones hará una resistencia desesperada; serán necesarios muchos años para hacer conocer a todos que la quiebra de las religiones es un hecho, y que la creación bíblica, con toda su secuela de fábulas groseras, es una mentira demostrada actualmente de forma científica y matemática. La cuestión de tiempo no cuenta. El hecho material existe, la demostración está hecha.

CAPÍTULO V

EL DIOS DE LA BIBLIA / DIVINIDAD DE CREACIÓN SACERDOTAL / UNDIOS MULTIPROFESIONAL.

La Biblia se compone de lo que se llama el Antiguo y el Nuevo testamento. El primero no es sino la pretendida historia de los judíos desde la creación del mundo hasta Jesús. El segundo com-

prende los cuatro evangelios, la narración de los actos de los apóstoles y algunas epístolas de éstos a los fieles. Se refiere a Jesús y a los principios de la religión católica. No habléis de la Biblia a los curas católicos. Su lectura les está terminantemente prohibida. Es una precaución tomada por el papado para impedirles el convertirse al protestantismo o al libre pensamiento.

El Antiguo Testamento comprende especialmente el Pentateuco, (de dos palabras griegas que significan *cinco libros*, que son: El Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio).

El catolicismo atribuye estos libros a Moisés. Si es verdad que Moisés los ha escrito, debemos reconocer en él un escritor tan completo como concienzudo, pues que al final del Deuteronomio relata hasta su propia muerte y su mismo entierro (Deuteronomio, XXXIV).

Los cristianos hacen vivir a Moisés desde el año 1517 hasta el año 1415 antes de Jesús y sitúan el Pentateuco hacia esa fecha. La opinión general es que habría sido compuesto por Esdras unos mil años más tarde, después de la cautividad de Babilonia, unos 500 años antes de Jesús.

Al margen del Pentateuco, el Antiguo Testamento, que se llama generalmente la Biblia, comprende el libro de Josué, quien, imitando a Moisés, nos narra su propia muerte y su entierro (Josué, XXIV, 30), los Jueces, Ruth, Samuel, los Reyes, las crónicas Esdras, Nehemias, Ester, Job, los Salmos, los proverbios, etc.

Para los judíos, para los católicos, los protestantes, los mahometanos... el Antiguo Testamento es, en general, un monumento de literatura celeste editado en las prensas del Espíritu Santo. Ha sido dictado por Dios mismo, quien sin duda alguna revisó el manuscrito y corrigió las pruebas.

Para los indiferentes es simplemente el monumento más interesante y completo de los judíos. Es la historia legendaria y de

ninguna forma divina ni misteriosa, de una tribu errante que se instaló en Palestina.

Lo que domina por encima de todas las leyendas, textos, legislaciones, moral, etc., es la superstición más exagerada y la más extravagante familiaridad con la divinidad, asociada a todos los instantes de la vida del pueblo judío. Dios es el creador de Adán, hecho a su semejanza; es protector, director, general del ejército y, entre otras cosas más, es el salvador, el juez, el verdugo. Resulta increíble, y no deja de ser una monstruosidad, que un montón tan grande de leyendas confusas y de tan flagrantes absurdos sea considerado como la historia del mundo, la palabra de Dios, el libro de los libros...

Situado en el cielo y desde allí vigilando los menores gestos del pueblo judío, asistido por los ángeles de las religiones, el Dios judío, tal como ha sido creado y como nos lo presentan los autores de la Biblia, nos aparece sucesivamente buen chico, hipócrita, pornógrafo, lleno de sapiencia, lógico, cruel, fantástico, completamente loco. Es además inventor del bañador. Para ese objeto, sin pretensiones no se podía buscar origen más augusto.

En efecto, en el capítulo, 28, pág. 2 del Exodo, haciendo a Moisés minuciosas recomendaciones acerca de los vestidos de los curas, dice: «Hazles calzoncillos de lino para cubrir su desnudez, y ellos cubrirán desde los riñones hasta los muslos» (La Biblia, versión de Ostervald, de la que son tomadas las citas de este libro). Al parecer, los vestidos no se usaban, sino que incluso seguían el crecimiento, según los comentaristas de la Biblia, de sus poseedores.

Un día, impaciente por las reclamaciones de los israelitas, siempre más exigentes, hizo caer un verdadero diluvio de codornices. La tierra fue cubierta por un metro de espesor de dichos animales. Ninguna caza fue jamás tan abundante.

Los autores de la Biblia no han hecho más que ridiculizar al Dios por ellos inventado. Veremos cómo le difaman, lo envilecen, le convierten en asesino, en loco de atar. Desde luego, debemos reconocer que ellos han ido menos lejos que el catolicismo, pues jamás pensaron en tragárselo.

Por otra parte, hay que dar al Dios judío la palma del asesinato, pues supera a todos los Dioses conocidos en cuanto al arte de organizar masacres. Por centenares de millares que se cuentan en la Biblia sus víctimas. «Destruído todo -decía- matadlo todo, los hombres, las mujeres y los niños, hasta los de teta, y matad también los animales, los camellos y los asnos» (Samuel, XV, 3.1).

Cuando Saulo hizo prisionero al rey Agag, Jehová se puso en tal estado porque aquél no había muerto a su prisionero, que le obligó a despedazarle incontinenti (Samuel, XV, 32-33).

Esa locura furiosa se extendió hasta los judíos mismos. Por orden suya, Moisés ordenó a los levitas matar a todos los que hubieran adorado el becerro de oro. Y 23.000 judíos fueron pasados a cuchillo (Exodo, XXXII, 28).

Un día, los filisteos tomaron la santa Arca. Como se puede suponer, a Jehová no le satisfizo tal hecho y les castigó de forma original -es lo menos que se puede decir-, pues les envió, a todos el mal de las almorranas. Los pobres filisteos, muy molestos por tan singular enfermedad, engancharon dos vacas al arca y la enviaron a Israel. Ellos unieron al envío varios anos de oro. Era una forma, lacónica y delicada, de decir a Jehová, sin necesidad de escribirle, la enfermedad de que se quejaban y de la que deseaban verse liberados.

La carreta se paró en mitad de un campo. Las gentes acudieron y vieron de qué se trataba, pero sin malicia ninguna. Jehová, furioso, fulminó 50.070 judíos (Samuel, VI, 19).

Los ejemplos de la injusticia colosal de Jehová son abundantes. Cuando se cometía un crimen, él mataba a diestro y siniestro, menos a los culpables. Los ejemplos de tal ferocidad absurda son abundantes.

El rey David se enamoró de la esposa del capitán Urias, de la que tuvo un hijo y luego mató al capitán. El Eterno hizo prevenir al libidinoso David que para castigarle, primero, el niño moriría; segundo, que sus diez mujeres serían violadas por uno de sus parientes. El crío murió en efecto y en cuanto a las diez mujeres de David, un buen día, Absalón, su hijo rebelde, las hizo subir desnudas sobre la terraza de una casa y allí, en presencia del pueblo reunido, las violó una tras otra (Samuel, II-XVI, 22).

En cuanto a David, la gloria le colmó de gloria, tuvo con la mujer de Urias otro hijo llamado Salomón, el cual, mejor dotado que Absalón, tuvo ¡700 esposas y 300 concubinas!

David quiso hacer el censo de la población, pero ello no fue del agrado del Eterno, quien para castigarle le dio a escoger entre: el hambre, la guerra o la peste. David escogió la peste. Él continuó como un roble, pero en tres días murieron 70.000 judíos (Samuel, 11-XXIV, 13).

Cualquiera trataría de criminal y de idiota un juez que, enfermo de locura furiosa, metiera en la cárcel a quien fuera por un delito cometido por persona extraña. Pero, al parecer, hay que admirar las decisiones insondables y estúpidas de una pretendida divinidad a la que adoran aún algunos millones de individuos y de la que, cada día, las campanas de las iglesias cantan en alabanza del Eterno.

Los autores de la Biblia han dibujado a su Dios según su propio retrato, dándole todas las pasiones feroces que pueden agitar a un pueblo salvaje.

CAPITULO VI

LAS LUBRICIDADES DE LA IGLESIA

Los autores judíos, que han escrito estas narraciones, en su mayor parte fabulosas que se llaman la Biblia, no eran muy escrupulosos sobre la moralidad de sus narraciones. He aquí, a título de muestra, algunos botones, ejemplos de las costumbres que ellos atribuyen a un buen número de sus personajes.

Empiezan diciéndonos que Jehová, su Dios, creó un sólo hombre y una sola mujer. Esta pareja no tuvo sino hijos machos, quienes, ellos mismos, tuvieron descendencia con la sola mujer existente, es decir, con su propia madre. ¡Para qué comentar!

El hecho de ceder la propia esposa al vecino, no entraña consecuencia alguna, pues, la Biblia nos presenta al mismo Abraham, ejerciendo los oficios de alcahuete con su propia mujer Sarah. Citemos textualmente:

«Y sucedió que cuando Abraham estuvo en las puertas de Egipto dijo a Sarah: Escucha, yo sé que tú eres hermosa.

» Sucederá que cuando los egipcios te vean dirán: esta mujer es la esposa de quien la acompaña y me matarán.

» Dirás, pues, te lo ruego, que yo soy tu hermano, a fin que yo sea tratado bien y bien considerado y pueda salvar mi vida.

» Así sucedió en efecto. Los principales de la corte de Faraón la vieron y la alabaron y la llevaron a casa del Faraón, el cual obsequió a Abraham con toda clase de animales domésticos (Génesis, XII)».

Más tarde, Abraham convino en prestar su mujer a Abimelec, rey de Guerer, cuando el Eterno le apareció y le amenazó de muerte.

Abimelec se defendió rechazando sobre Abraham tal contrato, diciéndole con razón:

«Tú me has hecho cosas que no deben hacerse» (Génesis, XX).
¡Cuánta razón tenía el pobre!

Lo más curioso es que el Eterno, en lugar de castigar a su camarada Abraham, infligió al pobre Abimelec un castigo muy especial. Y pedimos perdón al lector, pero es la Biblia la que habla y ella misma se lo hará conocer: «Occlusit vulvas». Es decir, cerró por donde se piensa a la mujer de Abimelec y a todas sus sirvientas, lo que colocaba al buen hombre en la imposibilidad de cumplir sus deberes conyugales y extraconyugales. Fue solamente ante los ruegos de Abraham que el Eterno decidió quitar la costura o el tapón y Abimelec aprovechó para recuperar el tiempo perdido procreando un montón de criaturas frescas y vigorosas. Para agradecer al digno Abraham por su intervención favorable, le colmó de regalos opulentos, – lo que se ha hecho en todos los tiempos en tales casos– (Génesis, XX).

CAPITULO VII

LOS EVANGELIOS

Las religiones tienen por base la «revelación», que es el conjunto de las comunicaciones que los dioses, ángeles, santos, diosas —se dice— han hecho a la humanidad. La revelación es verbal o escrita y su objetivo es establecer la existencia de divinidades, de las que el sacerdote es el mandatario. La revelación verbal es el resultado de apariciones o milagros inventados por el sacerdote y publicados por él. La revelación verbal sigue una regla que no comportó jamás ninguna excepción. JAMAS, ningún culto, ensayó una aparición a fecha fija, en un lugar señalado, ante la multitud previamente convocada.

JAMAS un culto intentó que una de sus divinidades realizara, en presencia de doctores reunidos, el milagro claro, preciso que

consistiría en hacer rebrotar una pierna cortada o resucitar un muerto.

En tal materia es necesario poseer el escepticismo burlón de aquel doctor quien, interrogado sobre la fe que se debía atribuir a las propiedades maravillosas del agua de Lourdes, respondía, sonriendo: «No, ella no es milagrosa, pero, en fin, utilizada en lavativas puede producir su efecto.»

La revelación escrita se produce bajo forma de libros pretendidamente sagrados, escritos por el sacerdote y atribuidos por él a sus dioses.

En tal orden de ideas, los judíos tuvieron la Biblia, los egipcios tenían 40 libros sagrados que se llevaban procesionalmente, los babilonios tenían los suyos, los persas el Zend-Avesta, la India los Vedas. Los mahometanos tienen el Corán, y los cristianos los Evangelios. La revelación escrita de los griegos fue una colección de oráculos, atribuidos a profetisas inspiradas - se decía - por la divinidad. Los romanos tenían los libros Sibilinos, guardados por sacerdotes especiales.

Todo eso constituyó y sigue constituyendo la literatura de la mistificación religiosa.

La palabra Evangelio es la traducción de dos palabras griegas que significan: Buena Nueva. Desde los primeros siglos, los Evangelios fueron atacados violentamente como siendo la obra parcial y mentirosa de polemistas desconocidos sin presentar, por consiguiente, ninguna garantía de veracidad; sobre ellos, en el siglo tercero, el maniqueo Fausto se expresaba de la siguiente manera:

«Todo el mundo sabe que los Evangelios no han sido escritos por Jesucristo ni por los apóstoles, sino mucho tiempo después por desconocidos, quienes, juzgando que nadie les creería sobre cosas que ellos no habían visto, pusieron en cabeza de sus narraciones, nombres de apóstoles o de hombres apostólicos contemporáneos.»

La existencia del Papado es debida a alteraciones de los Evangelios. En su origen, los obispos, simples vigilantes elegidos por sus fieles, se llamaban todos papas, es decir: padres. Para establecer su supremacía sobre los otros obispos, los de Roma decidieron insertar en los Evangelios interpolaciones, mediante las cuales Jesús hacía, del apóstol Pedro, su representante oficial sobre la Tierra.

Luego se sostuvo falsamente que ese representante había sido obispo de Roma y que él había transmitido sus poderes a sus sucesores. Se le atribuyó, pues, un falso episcopado de 25 años; se le hizo martirizar en Roma, donde jamás puso los pies. Se le fabricaron sucesores ficticios, y, para establecer la supremacía de los obispos de Roma sobre los de otros países, se publicaron 115 sentencias y decretos de reglamentación general que jamás habían sido publicados. ¡Aquello fue la apoteosis de la falsificación! Se fabricó además una donación por Constantino de la supremacía sobre los obispos. Y se añadió a este fraude gigantesco, al cabo de tres siglos de ardientes discusiones que convirtieron a un obrero –el carpintero legendario – en una divinidad, esa larga serie de falsedades y de enormes mentiras que hizo del minúsculo obispo de Roma, el semidiós que adoran aún nuestros curas y nuestros obispos, convertidos así en funcionarios del extranjero.

Un sabio coleccionó los Evangelios y halló 54. Otro, menos apresurado, se divirtió buscándole variantes, es decir las contradicciones, las diversidades de texto, entre unos y otros Evangelios. Encontró 30.000. Era el caos.

Al final del cuarto siglo, S. Jerónimo declara que los Evangelios escritos en latín comprendían casi tantas versiones como ejemplares publicados (S. Jerónimo, prefacio de los Evangelios).

Por orden del papa Dámaso, emprendió la traducción de los Evangelios escritos en griego, para poder llegar, con la ayuda de correcciones, cambios y aditivos, a una versión única, de la que él

sería el árbitro. El remedio era peor que la enfermedad, y en ello ganó Jerónimo lo que él temía, es decir, ser tratado de falsario y sacrílego.

Traduciendo la Biblia, había retocado 600 textos. Era un traductor que substituía fácilmente al autor.

Y en el segundo siglo, el filósofo Celso dice que las diferentes sectas cristianas, ya en aquella época, para dar razón a sus sistemas, habían retocado varias veces el texto de los Evangelios.

He aquí la lista de los diversos Evangelios conocidos, al menos, por los títulos. Desde luego, afirmamos que creemos estar lejos de la lista completa:

Evangelios atribuidos a: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Evangelio según Leucius; el de Luciano y el de los Maniqueos.

Evangelios de: Matías y de la Natividad de Cristo; cuatro Evangelios sobre la Natividad de María. Evangelio de Nicodemos. De S. Pablo; de Perfección; de S. Felipe; de S. Pedro; de los Simonitas; Evangelio según los Sirios; el de Santo Tomás y el de Judas Tadeo. Evangelio de S. Juan sobre la muerte de María; Evangelio de Judas Iscariote; de Eva; de los Gnósticos. Evangelio según los hebreos; el de Hesychitis, el de S. Jaime el Mayor; el de Apeles; el de los doce apóstoles; el de S. Bernabé; los de S. Bartolomé, Basilio y el de Corinto. Evangelio sobre el parto de María; el de los Ebionitas; el de los Egipcios; el de la infancia de Jesús; el de la infancia del Salvador; el evangelio Eterno; el de S. Andrés; el Evangelio viviente; el de S. Justino el Mártir; el de los Nazarenos; historia de José según Jesús; el protoevangelio de S. Jaime el Menor y el Evangelio de los Encratitas.

La Iglesia no ha conservado más que cuatro Evangelios, atribuidos respectivamente a Juan, Lucas, Marcos y Mateo. Jamás dio la Iglesia ninguna razón por esa selección puramente arbitraria. Aparte esos cuatro Evangelios, quedan en total, siete, que son:

El Evangelio de la infancia de Jesús; El protoevangelio de S. Jaime el Menor; La historia de José el carpintero, por Jesús; el de la Natividad de María; la historia de la natividad de María y la infancia del Salvador; el Evangelio de Nicomedes y el de Tomás el israelita. La Iglesia les condena por apócrifos, es decir, dudosos

El Evangelio de la Infancia, emanado, como los evangelios canónicos, de la pluma de un autor desconocido, fue atribuido sucesivamente a los apóstoles Mateo, Jaime, Tomás y Pedro.

A partir de aquí, desde el nacimiento de Jesús, los milagros, abundan. (Que se nos permita, al hacer la traducción, pasarlos por alto, ya que todos son absurdos y estúpidos.)

Respecto de los Evangelios escritos por desconocidos para establecer la divinidad de Jesús, señalaremos simplemente, para terminar el capítulo, las palabras de Pedro el Pescador, que nos aparece animado de un sutil escepticismo: «Israelitas, escuchad: Jesús el Nazareno, «hombre» aprobado por Dios... Vosotros lo habéis crucificado.» (Actos de los apóstoles, II & 22).

CAPITULO VIII

LA VIDA DE JESÚS

El minúsculo pueblo judío estuvo supeditado siempre a sus enemigos, superiores en número y en fuerza. A menudo sometido a una dominación extranjera; su esclavitud en Egipto había durado 430 años y la de Babilonia se prolongó durante 70. No obstante, siempre esperó un Mesías que le asegurara, al fin, la victoria, para convertirlo en un gran pueblo. Hasta después de la última gran guerra, han demostrado que la tenacidad de la esperanza es una especialidad del pueblo judío.

La religión católica enseña, por el contrario, que el Mesías apareció, que era hijo del Dios de los Judíos y que vino a salvar a los

hombres de los pecados conocidos, y añade que, por no haber creído en él, el pueblo judío fue castigado y dispersado.

Como se sabe, la cuestión de si Jesús era o no el Mesías, fue objeto de una gran controversia entre las religiones. En la Biblia se hallaban muchas profecías nebulosas relativas al hombre potente que debía hacer de los judíos un gran pueblo.

La Iglesia trató de aplicarlos a Jesús. Es así que la única preocupación de los cuatro Evangelios, escritos por desconocidos, ha sido la de hacer concordar estrictamente los menores detalles de la vida de su héroe, con las profecías.

En las 33 páginas del Evangelio de Mateo se halla nueve veces la reflexión: «Todo ello se hizo a fin que las palabras del profeta fueran cumplidas, etc...».

Como hemos visto, existieron más de 50 Evangelios. ¿Qué decían los que fueron suprimidos? ¿Se hallaba acaso en ellos la verdad? ¿Se halla acaso en los Evangelios que subsisten, más o menos alterada? No se sabe nada.

Bajo el punto de vista histórico, bajo el título: «La vida de Jesús», se podría colocar un gran signo de interrogación que resumiría, de forma maravillosa, de una forma tan exacta como concisa, lo que sabemos de la existencia de ese personaje, cuya realidad fue puesta en duda desde el origen de la Iglesia.

Todo lo que se puede hacer como biografía, es resumir, en dos palabras, con mucha reserva en cuanto a su veracidad, lo que dicen los cuatro Evangelios. Es la única manera de llegar a una noción, desde luego incierta, de su individualidad.

La palabra Cristo quiere decir «ungido». Antes de Jesús se aplicaba a los reyes, a los profetas y a los sacerdotes. (Strauss, «Vida de Jesús», I-XXVIII).

¿Cuándo nació Jesús? Se ignora absolutamente su fecha de nacimiento. Solamente dos Evangelios hablan contentándose dicen-

do que nació en tiempos del rey Herodes. La indicación es vaga, pues Herodes reinó durante 40 años. Por otra parte, ciertos autores señalan la muerte de Herodes, cuatro años antes del nacimiento de Jesús, lo que complica más y más la situación.

En principio, la Iglesia católica celebraba el nacimiento el 6 de enero. Luego lo hizo el 25 de diciembre. Era la fecha en que los romanos celebraban sus Saturnales. Para no cambiar los usos de las poblaciones, la Iglesia la substituyó con el día de Navidad.

El Evangelio de Lucas dice que la noche de su nacimiento, los pastores guardaban los rebaños en los campos. El caso es que no se llevan los rebaños a pastoreo un 25 de diciembre. Es una fecha ciertamente equivocada. (Lucas, 11, 8).

Se cuentan unos 200 sistemas acerca del nacimiento de Jesús. Casi todos debidos a los padres de la Iglesia, que han penado durante siglos para determinar, con ayuda de cálculos y de aproximaciones, la época del nacimiento de su Dios. En realidad, la incertitud es cierta.

¿Dónde nació Jesús? Según las profecías, debía nacer en Belén, ciudad natal de David, su antepasado. Es ahí donde lo hacen nacer dos Evangelios, mientras que Mateo dice que la familia de Jesús habitó primero en Belén y luego en Nazareth.

Lucas nos dice que siempre habitó en Nazareth. Según él, si María parió en Belén, es que hubo de trasladarse a causa de un censo que César Augusto quiso hacer de las gentes sometidas a Roma. Por mucho que se haya buscado, no se halló nunca traza alguna de esa inmensa operación. Ella fue imaginada solamente para poder aplicar la profecía que hiciera nacer el Mesías en Belén.

Jesús nació de una mujer llamada María (de Myriam, la gorda), cuyo esposo era José el carpintero. Tuvo cuatro hermanos y dos hermanas, sobre lo que están de acuerdo los evangelios. Los textos son formales, el latino dice: «fratres» y el griego: «Adephoi», La

narración concuerda en los textos empleados. El clero católico pretende, contra la evidencia, que se trata de primos o de hijos que José hubiera tenido de un casamiento precedente que no existió jamás y al que ningún texto hace la más mínima alusión. (Straus: «Nueva vida de Jesús», 1--XXXI). (Peyrat, «Historia elemental de Jesús», 86). (Renán: «Vida de Jesús», 25). (Larroque: «Examen crítico», 11, 40,2).

En cuanto a las profecías, unas decían que el Mesías debía ser descendiente de David y las otras que debía nacer de una virgen.

Para establecer que Jesús era descendiente de David, Lucas y Mateo establecieron cada uno un árbol genealógico remontando hasta José, padre de Jesús. (Luc. III; Mateo, V.)

Las dos genealogías de Lucas y Mateo aunque dictadas por el Santo Espíritu, no concuerdan. Mateo da por padre de José un tal Jacob, mientras que Lucas lo llamaba Heli. Los dos evangelistas debían hacer que Jesús naciera de una virgen. Ello no les inmutó lo más mínimo. En el parágrafo Lo de su primer capítulo, Mateo había dado la genealogía de Jesús descendiendo de David e hijo de José. En el parágrafo 18, lo hace nacer de la Virgen María y del Espíritu Santo.

Lucas hace la operación a la inversa. En el parágrafo 35 de su primer capítulo, hace nacer a Jesús de una virgen y en el parágrafo 213 de su capítulo III, lo hace nacer de José.

Las profecías han recibido así amplia satisfacción. Los evangelistas, hombres conciliantes, nos han dado las dos versiones, a menos, lo que parece mas probable, que los paragrafos que hacen nacer a Jesús de una virgen no hayan sido añadidos después de numerosos retoques que sufrieron los evangelios.

Los falsificadores hubieran bien podido aprovechar la ocasión para borrar la parte de Lucas en la cual nos dice que la prostituta María, de Magdala y otras mujeres acompañaban a Jesús y le «ayudaban con sus bienes». Lucas no podía dudar de las conse-

cuencias desastrosas para la moralidad de Jesús que luego han resultado.

El número de los dioses que la superstición ha hecho nacer de una virgen es vasto. Jezeus Christna, el predecesor Hindú de Jesús, nació de la virgen Devanaguy. Los chinos cuentan diversas vírgenes madres fecundadas de manera milagrosa. Es una virgen la que dio nacimiento a Mitra, un Dios de los persas, y a Horus, un Dios egipcio. Un Dios escandinavo hizo aún mejor las cosas y nació de nueve vírgenes fecundadas por un Dios.

Los romanos creían, quizá con sonrisa irónica, que una virgen podía ser fecundada sin intervención de un hombre, y los sacerdotes arúspices estaban encargados de transportar, desde su nacimiento, en una isla desierta, los niños nacidos en circunstancias extrañas.

Los egipcios habían extendido el embarazo milagroso a los cuadrúpedos y su Dios, el buey Apis, nació de una ternera fecundada por un relámpago.

Los hombres célebres han imitado a los dioses. Alejandro nació de Júpiter, Platón y Augusto de Apolo.

Fue sólo un siglo después de la muerte de Jesús cuando se empezó a hablar de su nacimiento milagroso que permaneció perfectamente ignorado por su madre, por él mismo, por los apóstoles y aún por los primeros cristianos.

Jesús fue regularmente condenado a muerte en virtud de la ley judía: «Quien blasfeme el nombre de Dios -dice el Levítico, XIV, 16- será condenado a muerte; toda la asamblea lo dilapidará».

La Biblia no admitía la pluralidad de los dioses. Llamarse hijo de Dios, como lo hacía Jesús, constituía, pues, de la parte de un hombre, para los judíos, una blasfemia evidente. Es por ello que dos veces consecutivas quisieron lapidarlo y otra vez quisieron

arrojarlo desde lo alto de una roca. (Juan, VIII, 59, X, 31. - Lucas, IVV, 29).

Por otra parte, desde que los judíos fueron sometidos a la dominación romana, varios falsos Mesías, según Josefo (Flavio), autor de: «Antigüedades judaicas», se habían producido y habían causado sediciones que fueron ahogadas en sangre.

El temor de que Jesús y la multitud más peligrosa que culta que él arrastraba fuesen causa de alguna pelea sangrienta, explica su arresto y su ejecución. No se debe olvidar su actitud brutal vis a vis de los vendedores del Templo, a quienes él no pudo expulsar, evidentemente, sin la ayuda del pueblo o de sus discípulos, y su entrada en Jerusalén.

Por otra parte, Juan nos dice (Juan, VI, 15), que sus partidarios querían proclamarlo rey y que Jesús tuvo que escapar para sustraerse a sus ovaciones comprometedoras. Las autoridades judías y romanas, condenándole a muerte, obraron evidentemente interesadas en salvaguardar la tranquilidad pública y para desembarazarse de un agitador del pueblo.

Sea lo que fuere, compareció de antemano ante el Scariliédrico gran tribunal judío, compuesto por el gran sacerdote y los jefes del pueblo. Interrogado, declaró ser hijo de Dios, lo que provocó su condena a muerte. (Marcos, XIV, 60 y G2).

Como los judíos, en aquella época, no podían ejecutar las penas capitales sin la aprobación romana, fue enviado al pretor Pilatos. Ahí se declaró rey de los judíos, lo que constituía una pretensión evidentemente sediciosa. Pilatos confirmó, pues, su condena, que fue político-religiosa a la vez y Jesús sufrió la muerte por blasfemo y sedicioso. (Marcos, V, 2).

No importa quién hubiera sido castigado a la misma pena. Jesús era evidentemente un exaltado. Su familia lo consideraba como demente y esa unión era la de muchos judíos. Al declararse hijo de Dios y Rey de los judíos y además el Mesías, tenía una am-

bición política. ¿Cuáles eran su objetivo y sus esperanzas? ¿Acaso sus pretensiones eran simplemente el resultado de perturbaciones intelectuales o bien la manifestación de proyectos debidamente calculados?

Es lo que jamás se sabrá. Y en cuanto a la muerte de Jesús, tampoco podemos decir nada mejor. Si los Evangelios efectivamente lo hacen morir crucificado, diversas obras judías citadas por Renán («Vida de Jesús», cap XXV), pretenden que fue apedreado conforme a la ley judía más arriba citada.

La lapidación era un suplicio menos cruel que la crucifixión. El condenado era lanzado desde una altura igual a la de un hombre, de manera que cayera de espaldas, y si no moría se le mataba a pedradas. Luego se le unían las manos y se las ataban. Después, sobre un madero vertical al que se añadía uno horizontal, se colgaba al condenado por las manos. (Los falangistas hicieron con Antonio López y Amador Franco algo parecido). El cuerpo no debía permanecer sino durante el día en tal posición y ser enterrado antes del anoecer. (Deuteronomio, xxi, 22-23, Talmud de Jerusalén. - Tratado del Sanhedrín, traducido por Moisés Schwab, X, Cap. VI).

La versión de la cruz presenta curiosas anomalías. Era un suplicio romano muy común y en el curso de una sedición lo sufrieron 2.003 judíos. Lo terrible del caso es que a veces el condenado vivía así durante varios días y el objetivo de tan espantoso tormento era asustar a las gentes que presenciaban tan atroces martirios.

Es el caso que si compulsamos los Evangelios, nos hallamos con que los de Lucas, Mateo y Marcos dan a Jesús tres horas de vida en la cruz, mientras que el Evangelio de Juan dice que vivió seis horas.

Además, Marcos nos dice la estupefacción manifestada por Pilatos ante una muerte tan rápida y sólo se dejó convencer ante las

afirmaciones más o menos verídicas del oficial encargado de la ejecución.

Por otra parte, las contradicciones abundan en las narraciones evangélicas. Los judíos, colocándose en el ángulo de las hipótesis del suplicio de la cruz, hacían resaltar que Jesús había resucitado tanto más fácilmente, cuando que en realidad no había muerto, habiendo sido descendido de la cruz a consecuencia de un síncope, verdadero o fingido.

El caso no era absolutamente imposible, pues Josefo explica que, pasando un día con Titus ante numerosos judíos crucificados, obtuvo la gracia de tres de entre ellos. Uno sólo sobrevivió.

Es evidente que para responder a esa objeción, Juan, en su Evangelio, dice que un soldado dio a Jesús una lanzada. Los otros tres evangelistas no hablan de ello para nada. Sin embargo, estos tres evangelistas nos dicen que en el momento de la muerte de Jesús, la tierra se cubrió de tinieblas durante tres horas, se produjo un terremoto, los muertos resucitaron y fueron a pasear por las calles de Jerusalén. Pues bien: Juan, que pretende haber asistido personalmente al suplicio de su maestro, no dice lo más mínimo acerca de tales pretendidos milagros, ignorados completamente por los contemporáneos, a pesar de que forzosamente ellos hubiesen debido ser vistos y comentados por millones de hombres.

La muerte y la resurrección de los dioses es un dogma común a numerosas religiones.

«Los persas, dice Dupuis («Origen de todos los cultos», V, 289), lloraban la muerte de Mithra y se celebraba con las expresiones más vivas del gozo su resurrección; se presentaba a los ojos de los iniciados un cadáver que representaba a Mithra muerto y se anunciaba acto seguido su resurrección; luego los iniciados eran invitados a regocijarse por la resurrección de Dios, quien, por sus sufrimientos, había rescatado los pecados de los hombres. Tres meses antes, el 25 de diciembre se había celebrado su nacimien-

to». ¿Jesús no sería acaso el mismo Mithra, como pretende Dupuis?

Tertuliano reconocía que el cristianismo y la religión persa tenían el mismo dogma de la resurrección de su dios. (Tertuliano «Tratado de las prescripciones»).

Entre los otros dioses muertos y resucitados se puede citar: Horus, Adonis, Baco, Osiris, Apolo, Hércules, etc. Todos los cultos a los que esos dioses pertenecían, celebraban con explosiones de alegría su retorno a la vida.

Es comprensible que los partidarios de la no-existencia de Jesús hayan explotado las similitudes entre el cristianismo y las religiones que le precedieron, especialmente acerca del dogma de la muerte y resurrección, que resulta un punto común con todas o casi todas las religiones.

Los mítines y el suplicio de Jesús pasaron totalmente desapercibidos por la inmensa mayoría de los judíos. La mayor parte de sus contemporáneos ni siquiera supieron su existencia.

Al parecer, Jesús vivió 33 años, pero en su evangelio, Juan (VIII, 37), hace decir por los judíos «Tú no tienes aún cincuenta años y pretendes haber visto a Abraham». De cuyas palabras se ha sacado la consecuencia de que Jesús murió habiendo alcanzado casi la cincuentena. (Strauss, 1, XL).

Resumiendo: laguna de casi 30 años en las narraciones evangelistas, incertidumbre acerca de la fecha y lugar del nacimiento de Jesús y sobre su muerte.

En cuanto a los milagros, resucitó a Lázaro y otros muertos, pero antes que él, el profeta Elías llamó a la vida al hijo de la viuda Sarepta (Reyes, I-XVII) y el profeta Eliseo, al hijo de la Sulamita (Reyes, II-1V). Eliseo, muerto y debidamente acostado en su tumba, resucitó incluso un difunto cuyo cuerpo había sido tirado sobre él (Reyes, II-XIII).

Después que Jesús hubiera hecho milagros, Pablo resucitó uno de sus auditores que se había dormido a causa de su elocuencia y cayóse de una ventana; S. Pedro resucitó a la viuda Tabitha, muerta y ya enterrada (Actas de los apóstoles IX y XX); S. Benito y S. Martín también resucitaron muertos; y no termina aquí la lista de los resucitadores, puesto que S. Alejandro y S. Javier también hicieron igual.

Pero ¡vamos! Que se quite las legañas esa gente, pues Christna, el modelo hindú de Jesús, resucita con una sola palabra a 30.000 soldados muertos en una batalla y a 40.000 pastores que hallaron la muerte tocados por un rayo.

Todos sabemos aquello de la expulsión de los mercaderes del templo. Es el caso que en aquella época, la religión judía comportaba la inmolación de animales variados. El fiel comulgaba con la carne de ciertos animales santificados por el sacerdote. Los vendedores de esos animales no eran intrusos, sino auxiliares del culto. Con su acto, Jesús no hizo sino estorbar el ejercicio de la práctica religiosa y cometió un verdadero sacrilegio. Su gesto fué inexcusable y los cristianos traicionan la verdad al decir que hizo un gesto justiciero.

Actualmente se hablaría de «anarquía» y se conduciría a la policía a cualquier dios que se permitiera hacer lo mismo a los vendedores de cirios, medallas o escapularios. Y lo de Lourdes, ¿no es acaso una cueva de... mercaderes?

Fuera de los Evangelios, no se posee actualmente más que una biografía de Jesús, debida a la pluma de Celso, un filósofo que vivía en el II siglo después de Jesús.

Celso, al parecer, estuvo completamente asqueado por las absurdidades de la nueva religión, del desprecio que hacía de la divinidad, sometiéndola a sus imbéciles creencias y de la audacia inusitada de los charlatanes, que ayudaban a la propagación de esos dogmas insensatos.

Su obra titulada: «El discurso de la Verdad», fué destruida por la Iglesia, pero Origenes, un teólogo que había emprendido el trabajo de refutarla, trabajo ingrato por demás, nos dejó bastantes extractos para afirmar que jamás ataque mas elocuente, refutación más violenta, ni imprecaciones mas vivas fueron dirigidas contra los dogmas de la Iglesia. El lector puede hallar en la obra de Dide «El fin de las religiones», amplias citas de la polémica de Celso.

Celso libera brutalmente la personalidad de Jesús de las leyendas doradas en que le habían envuelto los primeros fieles y nos lo presenta tal y como se le conocía en su época. Jesus nació en Judea. Hijo adulterino de un soldado romano llamado Panthera. María, su madre, fué expulsada del hogar por José, su esposo, a quien se le había revelado la conducta de su mujer, quien erró a la aventura y parió secretamente al futuro dios de los católicos, quien, al parecer, era feo, pequeño, mal constituido. Se refugió en Egipto, donde vivió miserablemente, trabajando para ganar su sustento.

Como en aquella época los egipcios eran verdaderos maestros en el arte de la magia y de la prestidigitación, exorcizando a los poseidos, curando enfermos, etc., y como sea que Jesús vivía entre ellos, fué iniciado en tales artes que le dieron, a su regreso a Judea, entre la población ingenua, e ignorante que le envolvía, una reputación supra-humana.

Fué un Dios de comedia, hablando a saciedad, y no teniendo a nadie que le escuchara. Las multitudes de que hablan los Evangelios fueron tan quiméricas como sus milagros.

Su «amor» al trabajo, recuerda aquello del gitano ante una pala y un pico: «Ni yo pa ti: ni tú pa mi». Lo que le incitó a mendigar en compañía de mocetones poco escrupulosos y se hizo acompañar por mujeres sin grandes escrúpulos, a las que mantenían como mejor podían la caravana.

Jesús era soberanamente irritable y en su boca no faltaba el insulto, la grosería soez y la injuria. Moralmente era absolutamente inferior en la forma y en el fondo a los filósofos griegos, a quienes quiso copiar de la manera más torpe.

Esta biografía, desgraciadamente incompleta, nos da una tercera versión del nacimiento de Jesús. Los Evangelios habían hecho sucesivamente de Jesús el hijo legítimo de José y luego el hijo adúltero del Espíritu Santo. Celso reemplaza este último por un soldado.

Desde luego no es honorable para el pobre José, en ambos casos cornudo, pero la intervención del ejército romano en el nacimiento de Jesús, lo hace por lo menos más verosímil.

En cuanto á su estancia en Egipto, ella explica perfectamente el silencio casi completo que observan los Evangelios sobre los treinta primeros años de la vida de Cristo.

Celso no deja de tener razón cuando trata a Jesús de charlatan pues cuando fué invitado por los fariseos a cumplir ún milagro, rechazó la invitación con una obstinación muy comprensible (Mateo, II, 38 y XVI, 1).

Se comprende también que recomiende a sus discípulos, con una energía extraña, que no hablaran de sus milagros y que no dijeran que él era Cristo (Marcos, I, 43, V, 43, VII, 36, IX, 9, III, 12, VIII, 30; Lucas, V, 14, Mateo, XVII, 9, XVI, 20, XII, 16).

En todos esos temores y titubeos existe una clandestinidad deseada, en desacuerdo con la actitud altanera que hubiera convenido a un Dios venido sobre la tierra, para salvar al género humano.

Es así, en fin, que los Evangelios confiesan ingenuamente que él no podía hacer sino pocos o ningún milagro en presencia de incrédulos y particularmente en presencia de la inmensa mayoría de los conciudadanos de Nazareth, para quienes, así como para su familia, estuvo siempre desprovisto de todo prestigio.

Es por ello que decía: «Nadie es profeta en su tierra» (Mateo, XIII, 57), y añadía la variante: «Un profeta no es despreciado sino en su país y por sus propios familiares» (Marcos, VI, 4)

CAPITULO IX

JEZEUS-CHRISTNA, PREDECESOR HINDÚ DE JESÚS

El Concilio de Trento tomó buena precaución anatematizando a «priori» a quienes pretendieran que los dogmas y ritos de la Iglesia católica procedían de antiguas religiones. Era una forma muy cómoda de evitar que se mentara la cuerda en casa del ahorcado.

El exaltado Jesús, judío de nacimiento y de religión, murió como lo indican los Evangelios canónicos y la doctrina de los apóstoles, persuadido de la inminencia del fin del mundo que él debía juzgar, lo que demuestra que en nada tuvo arte ni parte como fundador del cristianismo.

Fue por primera vez el Concilio de Nicea, en el año 325, que, bajo el mandato del emperador Constantino, haciendo en fin una selección entre las leyendas, las sectas y los sistemas, terminó elaborando el «credo» conteniendo los artículos de fe de la nueva religión, debida, después de discusiones y tanteos seculares, a la sola iniciativa del sacerdote y creada en defensa de sus propios intereses.

Dupuis, en su obra célebre: «Origen de todos los cultos», impresa en 1795, volumen V, pág. 136, daba una cita de un astrónomo árabe, de la que resultaba que los persas, los caldeos y los egipcios conocían, mucho antes del nacimiento de Jesús, otro Jesús llamado el Cristo que se representaba como un niño en brazos de una virgen.

Jacoulot (Louis), el sabio indianista, halló en la India ese Jesucristo misterioso que tanto intrigó a Dupuis. El nos lo da a conocer en dos valiosas obras, «La Biblia en la India» y «Christna», que nos servirán de guía para este capítulo.

La religión hindú, una de las más antiguas, sino la más antigua del globo, reposa sobre encarnaciones sucesivas de sus dioses, quienes bajan sobre la tierra bajo formas diversas, cada vez que lo consideran necesario. Era una manera excelente de mantener la fe.

Como se puede observar, los indús se habían abonado a la encarnación. (En España, para «hacer buen efecto», muchos burgueses se abonan al teatro durante la temporada de ópera).

Los hindúes tenían tres dioses, quienes, bajo el nombre de trinidad, no hacen más que uno: Brahma, Visnú y Siva.

Cuando los cristianos adoptaron el dogma de la Trinidad, provocaron la risa de los paganos.

Un autor griego nos explica cómicamente el embarazo de un neófito quien, contando sus tres dioses con sus dedos, no llegaba a comprender como dos más uno, pese a sus esfuerzos, no hacían más que uno.

Afirmando que sus tres dioses no hacen más que uno, la Iglesia dio a su culto politeísta las apariencias de una religión monoteísta. Por otra parte, la secta de los arios decía:

«Lo esencial para un Dios es de ser eterno y de no haber sido creado por nadie. Jesús, simple criatura por su padre engendrada, no puede ser Dios».

Vencido en el concilio de Nicea, pero vencedor en el de Filipópolis, el arrianismo, en un momento omnipotente, negando la divinidad de Jesús, mataba al cristianismo,

La Iglesia procedió a su salvación, declarando en el Símbolo de Atanasio, que sus tres dioses no eran más que uno, porque el hijo

era tan viejo como el padre y no había sido creado por nadie. Y lo que lógicamente es pura locura, la Iglesia, audazmente, guiada por el instinto de conservación, llamó a eso simplemente: misterio.

Brahma descendió cuatro veces sobre la tierra donde cada vez permaneció varios años.

Visnú estuvo continuamente de vacaciones, transformándose, según las circunstancias, en pez, tortuga, jabalí y por fin en hombre bajo el nombre de Jezeus Christna, última transformación que motiva este capítulo.

Visnú, paseándose, había bajado al purgatorio hindú, donde fue testigo de sufrimientos terribles, lo que le dio la idea de descender a la tierra para enseñar la moral y purificar a los hombres de todos los pecados.

Él mismo se encarnó en el seno de la Virgen Devanaguy y nació en Madura, en el sur del Hindostán, más de tres mil años antes que Jesús.

Recibió el nombre de Christna o Kristna, que significa «sagrado» y sus discípulos añadieron el nombre de Jezeus que significa: Pura esencia divina.

La venida de Jezeus sobre la tierra había sido anunciada por numerosas profecías. La madre de la virgen Devanaguy era la hermana del rajá de Madura. Este, advertido en sueños de que un niño nacido de esa virgen le haría morir a causa de sus crímenes, encarceló a Devanaguy en una torre; luego, envenenó sus alimentos y al final la dejó sin alimento alguno; todo ello fue en vano; la virgen gozaba de perfecta salud.

Visnú se encarnó en ella en la cárcel misma. Recién nacido, un viento espantoso abrió los muros de la torre y transportó madre e hijo a una majada donde los pastores adoraron al recién nacido.

Furioso, el rajá ordenó a sus soldados que fueran masacrados todos los niños nacidos en su imperio el mismo día que Kristna,

esperando que éste no escapara. Es el caso que cuando los soldados llegaron donde se hallaba el recién nacido, éste se puso a crecer de tal manera que, transformado en un instante en un adolescente, escapó a sus enemigos.

Ciertas leyendas nos dicen que Herodes masacró 14.000 criaturas en Belén, que no era sino un pueblecito de ¡800 habitantes! Este es un gran milagro que no se halla por ejemplo en la narración hindú.

Tras una juventud llena de peripecias, consagrada a los milagros y a las luchas contra los hombres y los demonios, Kristna empezó a predicar sus doctrinas a través la India, diciendo por doquier que él era Visnú, la segunda persona de la Trinidad, manifestando su divinidad por medio de prodigios sin número, hablando familiarmente al pueblo y llevando, en compañía de algunos discípulos que se le habían unido, una vida llena de vicisitudes.

Uno de sus enemigos llamado Angada, le mató a flechazos y le suspendió a un árbol para que fuera la presa de los buitres. Pero cuando sus discípulos fueron a buscarlo, no le encontraron; Kristma había resucitado y subido al cielo.

Su culto le sobrevivió y, sobre el altar, el sacerdote le invoca y le ruega descienda para bendecir las galletas y el líquido que los curas absorben inmediatamente después para purificarse.

El lector ha hecho ya, desde luego, la comparación entre el Jesús hindú y el Jesús judío.

Pese al Concilio de Trento, se puede proclamar que el plagio por el catolicismo de las religiones antiguas fue completo y absoluto. Este culto no tiene nada propio, hasta el punto que si Dupuis (Loc. Cita. pág. 256) hace pura y simplemente una secta de la religión persa, M. Burnouf en: «La Ciencia de las religiones», hace un culto hindú. Los cultos hindú y persa se parecen en muchos puntos. (Véase Vinson: «Las religiones actuales», XVIII).

Era, por parte del famoso Concilio, emitir, con una audacia rara y singular, una solemne mentira el atribuir a Jesús la paternidad del bautismo, de la confesión, de la misa, de la comunión, de la confirmación, etc., conocidas y practicadas muchos siglos antes que él, especialmente en los cultos persa e hindú.

CAPITULO X

DE LA MORAL SIN RELIGIÓN / DE LA RELIGIÓN SIN MORAL / LA PETENDIDA MORAL DE JESÚS Y LA MORAL ANTIGUA.

A través de los siglos, la humanidad se ha constituido ese código del hombre honrado que se llama moral. Es el conjunto de las reglas que debe seguir el sabio, y que se reduce a unos preceptos muy sencillos. La nomenclatura de los vicios que hay que descartar y de las virtudes que se deben observar, contienen en pocas páginas. Es el mejor y más breve de todos los códigos.

La Iglesia resumió algunas de esas reglas bajo el nombre de: Mandamientos de Dios, en veinte versos droláticos en los cuales la preocupación de la rima influyó el fondo de las ideas.

Como ella misma lo reconoce, los tomó textualmente de la Biblia que, en el Levítico y en el Deuteronomio sobre todo, contiene sobre la moral y la legislación judías los más interesantes detalles. Los Mandamientos de la Ley de Dios constituían el Decálogo de los judíos. (Exodo), XX, 12, 18, Deuteronomio, V, 16). La moral de los católicos es, pues, judía. Con lo que, una vez más, como siempre, nos encontramos con que los católicos no hacen sino copiar.

La moral es un código para todos. Para el librepensador, para el clerical, el materialista y espiritualista, el ateo y el deista. Ella no es el atributo ni de una secta ni un culto. Hay mil religiones, pero una sola moral. El maestro, enseña la moral desprovista de toda

creencia,. El congregacionista enseña el dogma, es decir, el absurdo, y, como accesorio, la moral del maestro.

Se dice, pero sin razón, que las religiones son respetables. Lo que sería venerable en los cultos, es la moral que no les pertenece y que ellos ensucian con sus dogmas. Lo demás, es decir, los dioses imaginarios, los infiernos inexistentes, los paraísos sin realidad, los ángeles y los diablos ficticios, los dogmas insensatos, las prácticas estúpidas, todo eso es perfectamente inmoral. Es la explotación y la puesta en movimiento de la ficción y la mentira.

Las religiones no están calificadas para enseñar la moral. No es el fanatismo el que puede vulgarizar ese producto maravilloso que es la razón.

¿Qué profesores de moralidad pueden ser, en efecto, esos cultos asesinos, que hicieron perecer en los suplicios y los combates, millones de seres humanos por el solo delito de no creer en sus dogmas?

¿Qué profesor de justicia puede ser esta religión que condena a las llamas eternas las inocentes criaturas muertas sin haber recibido el bautismo?

¿Qué clase de profesores de sentido común son esas gentes que envían «ex-aequo», al infierno, al que mató a su padre y al que se comió un trozo de salchicha el viernes santo?

¿Qué respeto es el de esos profesores, quienes, envileciendo a Dios, venden, en la santa Mesa, carne divina en forma de hostias?

¿Qué profesores de caridad y de decencia pueden ser esas congregaciones multimillonarias, enriquecidas profesando el desinterés y el sacrificio para el prójimo?

¿Qué profesores de ciencia son los que enseñan que el primer hombre nació hace seis mil años, que las vírgenes paren niños, que el arco iris es un signo de alianza entre Dios y una tribu

nómada, y que se puede, en fin, habitar el vientre de una ballena, amiga de la sociedad humana?

¿Qué profesores de virtud son esas gentes que declaran que una buena absolución lava todos los crímenes, y hace de un criminal el parigual del hombre honrado?

¿Cuál es el desinterés de esos profesores, mercaderes de reliquias, que han ofrecido a la adoración de los fieles ocho brazos de San Blas, nueve de San Vicente, doce de San Felipe, diecisiete de San Andrés, dieciocho de San Jaime; sesenta dedos de San Juan Bautista, diez cabezas del mismo, etc., etc.?

¿Dónde reside la decencia de esos negociantes, que ofrecen al culto de los cristianos leche de la Virgen, de Santa Bárbara y de Santa Catalina, seis tetas de Santa Agueda, el cuchillo que sirvió a la circuncisión de Jesús, las partes sexuales de San Bartolomé y las de Santa Gudula, el ombligo y siete prepucios de Jesús, y que en Reims hacían adorar, sobre una piedra de la catedral (excúsame, amigo lector), la huella de las posaderas de Jesucristo, dejadas allí por él mismo, cuando se construía el portal?

Bajo el punto de vista de la moral, Jesús no inventó nada. Los filósofos tuvieron, mucho antes que él, más elevada, más neta y más completa concepción de la virtud. Platón y Cicerón habían escrito tratados de moral infinitamente superiores a las pocas ideas de justicia que se hallan, acá y acullá, diseminadas en los Evangelios y que aparecen ahogadas en la narración.

Platón, más de 400 años antes, había dicho: «No se debe hacer jamás una injusticia ni devolver nunca el mal por el mal». Un judío, Hillel, había proclamado: «No hagas al prójimo lo que no te gustaría te hicieran a ti». Y es en la Biblia, más de 1.500 años antes de Jesús, según la cronología de la Iglesia, que se halla la máxima: «Ama al prójimo como a ti mismo». (Levítico, XIX, 18). Por otra parte, Xenofonte había proclamado: «Se debe hacer el bien por el bien mismo». Esas máximas corrían a través de los ámbitos del

mundo. Las ideas de justicia, de piedad para los pobres, de caridad, de sacrificio, de abnegación, son añosas como el universo.

Existía incluso antes que Buda, en la India, una moral tan elevada, e infinitamente más completa que la de Jesús. Para ella, robar, matar, injuriar, mentir, hacer mal a los animales, usar de la mujer del vecino, ser ignorante, apasionado, avaro, cruel, envidioso, materialista o ateo, he aquí el mal.

Ser probo, temperado, casto, resignado, devolver bien por mal, hacer el bien por el placer de hacerlo y no en vista a una recompensa futura, ser modesto, compadeciente, fiel, verídico, olvidar los favores prestados: he aquí el bien (Jacoillot).

Unos 700 años antes que Jesús, Buda pasó 45 años de su vida predicando en la India la fraternidad, la beneficencia, el amor al prójimo. En presencia de este coloso de la caridad, ¡cuán mezquino aparece Jesús, quien evangelizó durante un poco más de dos años, pero a pequeños pueblecitos y que no logró ni siquiera convencer más de una docena de ignorantes discípulos!

La máxima principal del budismo es que todos los hombres, sean cuales fueren sus religiones y creencias, son hermanos. El mayor crimen es la ausencia de benevolencia para con el semejante y el primer deber es el amor hacia el prójimo y la limosna que alcanza hasta el sacrificio de toda la fortuna.

Buda suprimió las distinciones de las clases, rehabilitó a pobres y desgraciados e hizo de la mujer, considerada precedentemente como una bestia de carga, la parigual del hombre. El amor, el respeto, el odio, etc., tal fueron los temas que Buda desarrolló durante toda su vida.

Cicerón, el gran abogado romano, publica, cincuenta años antes de Jesús, sobre la moral, el «Tratado de los deberes». Es el resumen muy sucinto de obras publicadas anteriormente, sobre el mismo tema, por los filósofos griegos, y constituye el cuadro fiel de la moral pagana en la época contemporánea de Jesús; el lector

podrá reconocer sin pena alguna en la célebre obra del tribuno romano, la moral actual que se atribuye injustamente a la Iglesia.

Cicerón predica la probidad, la justicia, la buena fe, el perdón de las injurias, la deferencia hacia los pobres, la decencia y el respeto de los padres. Proscribe el orgullo, la avaricia, la pereza, la voluptuosidad, la mentira, la maledicencia, la calumnia y la codicia de los bienes ajenos ¡Bajo el punto de vista de la moral, Jesús no es sino un modesto aprendiz, comparado con el elocuente Cicerón!

Comparad las dos morales, la sublime de Cicerón y la del Dios grotesco, injusto y sanguinario, creado por los autores de la Biblia.

En resumen, es un verdadero absurdo querer hacer de Jesús el inventor de la moral.

Apenas si los autores de los Evangelios han rozado en el curso de sus narraciones milagrosas, algunos preceptos que ellos han tomado, especialmente del discurso sobre la montaña y de los libros judíos. (Véanse entre otras obras, «Las ruinas de Palmira», de Volney, cap. XXIII).

La ley judía, de la que hablarán solo dos palabras de forma sucinta, era abundante en preceptos de fraternidad. Entre otras cosas dice: «Escuchad al pequeño como al grande». «No dejes de abrir tu mano a tu hermano afligido y pobre». «No te vengues», etc.

En fin, nosotros creemos haber demostrado abundantemente que la moral, la beneficencia, la caridad y la fraternidad son tan antiguas como el mundo. Es falsificar absolutamente la verdad, querer atribuir la paternidad de esos principios a Jesús. Es un error antiguo, propagado con fines propagandísticos por el cristianismo y contra el que es útil protestar, en nombre de la verdad, una vez más. A cada cual lo suyo.

CAPITULO XI

Los hermanos y las hermanas de Jesús

Los cuatro evangelios aceptados por la Iglesia están unánimemente de acuerdo sobre este punto; Jesús tuvo hermanos y hermanas. Es el caso, como se sabe, que jamás su familia, como los librepensadores, creyó en su divinidad. (Véase los evangelios).

Sus hermanos fueron Jaime, José, Simón y Judas. Marcos (Cap. VI, P. 3) señala el siguiente lenguaje de los conciudadanos de Jesús. Extrañándose de sus discursos, decían:

«¿No es este el hijo del Carpintero, el hijo de María, hermano de Judas, Jaime, José y Simón? ¿Sus hermanas no están entre nosotros? Y ellos se escandalizaban a causa de ello.»

En definitiva, los cuatro Evangelios son formales, así como todos los documentos de la época de Jesús, a quien dan, en los términos más serios y menos equívocos, hermanos y hermanas en gran número.

Si, en tales circunstancias, María permaneció virgen, es el caso de preguntarse, con terror, qué era lo que debía hacerse en Judea para perder la virginidad.

Jaime, aún proclamando Mesías a Jesús, continuó siendo judío como Pedro y los otros. Este último fue el primer obispo de Jerusalén. Como la etimología lo indica, el obispo no era entonces sino un simple vigilante elegido por los fieles.

La creencia de Jaime en la misión divina desagradó a los judíos fieles a la antigua religión, quienes lo precipitaron desde lo alto del templo y lo mataron a bastonazos. María tenía una hermana. Esta tía de Jesús, esposa de Cleofás, tuvo un hijo llamado Simón, que fue el segundo obispo de Jerusalén y fue torturado y luego crucificado a los 120 años.

No se sabe en qué pararon los demás miembros de la familia de Jesús. De todas formas, se sabe que, al final del primer siglo, existían aún dos nietos de Judas, otro hermano suyo y que se dedicaban a los trabajos de la tierra.

Denunciados como cristianos, el emperador Domiciano les interrogó. Pero cuando ellos le hablaron de su esperanza en el reino de los cielos, el emperador se puso a reír, y considerándolos como gente ingenua y torpe, les liberó sin hacerles nada.

CAPITULO XII

DE LA EDAD DE LOS DOGMAS / HISTORIA DE LA CREACIÓN DE LA RELIGIÓN CATÓLICA

Jesús era judío; siempre, como su madre y toda su familia, observó la religión judía y cumplió sus prescripciones. Muerto Jesús, aparecieron dos sectas religiosas nacidas de su memoria. Una fundada por los apóstoles, sobre todo por Pedro, en Jerusalén, que conservaba la fe, los preceptos y las ceremonias judías, entre ellas la operación de iniciación al culto judío que se llamaba circuncisión. Lo único que le diferenciaba de la religión israelita, era la creencia en el Mesías encargado de reparar los pecados y que tomaba el nombre de Jesús. Era una secta que se acercaba mucho a este culto; no era una nueva religión. Era poco numerosa; los judíos, fieles a sus antiguos usos y costumbres, se mostraron siempre rebeldes a los cambios. Ella no admitía más que a los judíos en su seno y rehusaba enseñar a los paganos los preceptos de Jesús. (Renán, «Los apóstoles», 201-2-24, etc.).

La otra secta fue fundada por Pablo, llamado como se sabe, Saulo (Renán, «Los apóstoles», 163), quien no había conocido a Jesús; pero para darse una autoridad que no tenía, decía atrevisi-

damente que se le había aparecido y que le había consagrado apóstol.

Pablo, que operaba fuera de Judea, se dirigió a los paganos y empezó, contra las opiniones de Pedro, a predicar únicamente la venida de Jesús. Pablo no podía presentarse a aquellas gentes con las tijeras de la circuncisión en la mano y por otra parte no tenía ninguna esperanza en hacer aceptar a los paganos las prácticas y ceremonias de la ley judía. Todos los primeros días de la semana, Pablo hacía recoger de entre los cristianos numerosas limosnas (I, Corintios, XVI).

Sin consultar con nadie, lanzó todo lo que le estorbaba por la borda y recorrió primero la Arabia, Asia Menor, Grecia, predicando, simplemente la redención de los pecados por el hombre-Dios-Jesús, la caridad, la moral y una ola de fraternidad en Jesucristo.

Indignados, los apóstoles pusieron el veto a Pablo, quien vino a Jerusalén donde explicó su manera de ver las cosas. Después de vivas discusiones, se llegó a una transacción, al menos sobre la cuestión de la circuncisión, conviniendo en no considerarla obligatoria.

Esta reunión tomó el nombre de Concilio de Jerusalén. (Año 50). («Actas de los apóstoles”).

La religión católica no es, pues, ni la religión practicada por Jesús que era el culto judío, ni la de los apóstoles. Es una religión creada en el año 312, por el concilio de Nicea, el cual, tras discusiones seculares, editó los artículos de fe del nuevo culto.

Pablo, al vulgarizar, en vista de la catástrofe que preveía, el nombre de Jesús, dio a otros los elementos del cristianismo mentiroso y complicado que existe actualmente aún.

Estos dogmas y los ritos que les acompañaban han sido tomados principalmente, en circunstancias que sin duda alguna no serán esclarecidas jamás, sobre todo en la religión de la India, de

manera que M. Burnouf, en «Ciencia de las Religiones», ha podido decir:

«No se puede razonablemente dudar que el cristianismo no sea la religión Aria, venida ésta del Asia en los tiempos de Augusto y de Tiberio, sea cual fuere la manera como ella ha sido introducida, promulgada y vulgarizada».

El procedimiento de propaganda de los apóstoles fue de los más simples. Ellos se trasladaban de provincia en provincia, buscando la creación, en cada una de ellas, de una sociedad compuesta por algunos cristianos que se reunían entre ellos y quienes creaban, a su vez, otros prosélitos.

En ciertas ciudades, en Roma por ejemplo, la religión se confundía con el poder político y el emperador, nombrado gran pontífice, era el jefe del Estado y del culto al mismo tiempo. Ahí debían tomarse toda clase de precauciones y las sociedades de los cristianos eran verdaderas sociedades secretas, escondiéndose donde podían. Atacar la religión pagana era conspirar contra el Estado, quien perseguía a mansalva a los enemigos.

Si el cristianismo se hubiera contentado con reclamar su plaza correspondiente en la sociedad y hubiese querido coexistir con las religiones paganas, hubiera vivido muy tranquilamente, pues es sabido que los Romanos respetaban con una indiferencia absoluta los mil dioses de las naciones que ellos habían subyugado. Ellos dejaron de antemano que los apóstoles predicaran libremente el nuevo culto y sólo intervinieron cuando, con la intolerancia que le caracterizó siempre, el cristianismo atacó, él el primero, las antiguas religiones y predicó la caída de aquellos dioses.

Lo que salvó la memoria de Jesús fue María de Magdala, una loca y bonita histérica, una demoniaca del cuerpo, de la cual, según el Evangelio, él había expulsado siete demonios, lo que representa un buen número para una dama galante. Ella, fiel a su tierno re-

cuerdo, fue a su tumba, siendo la primera en proclamar la resurrección como él lo había previsto,

Esta resurrección era la prueba de su divinidad y la brillante demostración de su misión sobre la tierra. Él había prometido su resurrección y en el esplendor de los cielos, su regreso para juzgar al universo espantado. No se podía, pues, dudar del cumplimiento de la segunda promesa.

Y las gentes se prepararon, en el recogimiento y la plegaria, a la destrucción del universo y al juicio final.

Pablo se puso a predicar el arrepentimiento y las buenas obras, vulgarizando simplemente, en nombre de Jesús, los preceptos morales de Platón, de Cicerón o de los Judíos.

Era la vieja moral de la humanidad que un iluminado (ayer asesino de los cristianos), hacía descender del cielo y revelaba, como cosa nueva a creyentes ignorantes, que él arrastraba y subyugaba llamándoles desde ya «los burgueses del cielo» (Filipenses, III-20).

«Nosotros somos – decía, empezando sus trabajos apostólicos y hablando de sí mismo y de los apóstoles - como la barredura del mundo y el desperdicio de toda la tierra» (Pablo a los Corintios, IVI 13).

El tomó con creces su revancha, ¡pero al precio de cuántos trabajos y cuántos sacrificios!

“Yo he recibido -decía- cinco veces 40 latigazos de los judíos, menos uno. (Según la ley judía no se podían dar más de 40, Deuteronomio, XXI). Yo he sido castigado a vergajazos tres veces, lapidado una vez y naufragado tres veces”. Y enumeraba cuántas y cuántas cosas desagradables le habían acaecido en el curso de su vida. Trabajos, hambre, sed, etc., y terminaba diciendo haber sufrido más heridas, haber soportado más prisión que cualquier otro, etc. (Corintios, II-XI y XII).

Pedro le imitaba y exigía rescate a los ricos enloquecidos por la llegada del fin del mundo. Como buen cajero que era, hizo correr el rumor de que había herido de muerte a Ananías y su esposa, quienes no le habían dado sino una sola parte de su fortuna. (Actas de los Apóstoles). La distribución de víveres y dinero a la vez de la población fue uno de los principales motivos del éxito del cristianismo.

Cabe preguntarse si los apóstoles predicaban con buena fe la proximidad del fin del mundo; o bien si, como financieros desprovistos de todo escrúpulo, no veían en ello sino un medio de arrancar las fortunas a los ricos. Sea como fuere, el procedimiento era bueno; y el filósofo Celso nos dice que 150 años después de Jesús los curas cristianos lo empleaban aún con éxito...

Las reuniones cristianas estaban presidida por el más viejo de la Asamblea, llamado sacerdote, palabra tomada del griego que significa anciano, servidas por domésticos voluntarios llamados diáconos y vigiladas por modestos fieles llamados obispos, del lego que significa servidor y vigilante. Tal y no otro es el origen de la jerarquía actual.

Ni Jesús, ni Pablo, que pasó su vida propagando la desolante profecía del fin del Mundo, habían tenido la intención de crear una religión. Pero la importancia de los curas y de los obispos, transformados en jefes religiosos, se acrecentó con el número de cristianos. Los obispos se reunieron y sus concilios se transformaron en árbitros de las doctrinas que se abrían paso. Así llegaron a crear e imponer sus ritos y doctrinas. Son ellos quienes crearon al cristianismo, con el cual procuraron al sacerdocio honores, influencia y dinero.

Nacido hacia el año 10, habiendo empezado sus prédicas en el año 38, Pablo murió hacia el año 70, después de un apostolado de unos 30 años. Sobre su muerte y la de Pedro no hay más que hipó-

tesis y es imposible saber si verdaderamente murieron suplicios o si murieron de muerte natural (Larousse, V. Pablo).

Al cabo de 325 años, y al precio de esfuerzos inauditos, el cristianismo fue definitivamente fundado. Y como prueba del origen divino de su religión, el guía cristiano invoca la rapidez milagrosa de su expansión. Ello es erróneo, como se verá enseguida.

Sin hablar de la Galia, donde el cristianismo no penetró sino en el cuarto siglo; de Suecia, que no lo conoció hasta el noveno; de Rusia, donde no penetró hasta al cabo de mil años; de América, donde penetró después del descubrimiento por Colón, no destruyó al paganismo en la misma Roma más que en el quinto siglo.

En el año 380, existían en Roma tantos paganos como cristianos. El paganismo era la religión del Estado y estaba subvencionado por éste.

En 382, el emperador cristiano Graciano suprimió el presupuesto destinado a los cultos paganos y confiscó los inmuebles pertenecientes a los sacerdotes, pero los templos permanecieron abiertos. En 391, Valentiniano II, en Occidente, y Teodoro en oriente en 392, los clausuraron y proscribieron el paganismo. Y en 416, Teodoro II prohibió a los paganos la representación de cargos públicos.

Si bien cincuenta años más tarde el paganismo romano había periclitado, existían aún grupos aislados de paganos: Se sustituyó los dioses irreales (Júpiter, Juno, Venus, etc.) que Roma adoró durante mil años, por los dioses igualmente inexistentes del cristianismo.

En realidad, la Iglesia católica invirtió varios siglos para formarse. En la época del concilio de Nicea (año 325), en el que se formularon sus principales dogmas, pudo considerársela como fundada, pero en realidad esa formación no fue verdaderamente completa hasta el concilio de Trento, en 1545. Discusiones furiosas existieron desde un principio entre las numerosas sectas. Las

reuniones de los obispos, llamadas concilios, tuvieron que estatuir continuamente, adoptando al azar y a tientas ciertas ideas que, habiendo obtenido la mayoría de votos, se transformaron en dogmas y las que fueron rechazadas se convirtieron en herejías.

El caos de la herejía nos lo da S. Epifanio, muerto en 403, publicando una obra en la que se indican ochenta.

Las asambleas de los concilios no eran pacíficas. La locura religiosa se daba libre cauce. En el concilio de Efeso (449), la pelea fue tal que el patriarca de Jerusalén fue mortalmente herido. Y en el concilio de Trento dos obispos griegos se arrancaron los pelos. A menudo, el desorden era tal y las mayorías cambiaban de tal manera, que lo que en un concilio era dogma, en otro se convertía en herejía o viceversa.

En los primeros tiempos había sectas a docenas y queremos evitar el enumerarlas para no cansar. El caso es que entre ellas la divinidad de Jesús fue discutida con ardor durante siglos.

Los Ebionitas, por ejemplo, 600 años después de Jesús, declaraban que éste fue un hombre justo, hijo de José y de María.

Los Cerintinos negaban la divinidad de Jesús y es para refutarlos que Juan escribió su Evangelio.

Los Maniqueos pretendían en el siglo III, que Jesús no era otro sino el Sol. Y si los Nazarenos decían que él era un hombre, los nestorianos pretendían que en él se reunían dos personas: la humana y la divina.

En fin, todas las preguntas que cualquiera de nosotros pueda formularse, por contradictorias que sean entre ellas, se las formulaban ya en la antigüedad los cristianos de las diversas sectas, interpretando cada una de ellas la existencia y la filosofía de Jesús a su manera.

Larousse enumera más de 600 concilios, ya sean relativos a los dogmas o a cuestiones de orden privado. En realidad, esa enume-

ración es muy parcial. Nosotros citaremos algunos para que el lector pueda seguir a través de los tiempos, la lenta creación y las perpetuas transformaciones del cristianismo. Ello le permitirá asistir a lo que se llama la fabricación de una religión.

En el año 50, el Concilio de Jerusalén, ordenando sobre una cuestión muy controvertida entre los apóstoles, exime a los cristianos de la circuncisión.

El Concilio de Roma (año 196) fija la fecha de la celebración de la fiesta de Pascua.

El Concilio de 22 (Filadelfia-Arabia) proscribía el error de los cristianos que pretendían que Jesús no era más que un hombre y el de Milán en 37 discute sobre el mismo punto hasta entonces controvertido. Los Concilios, haciendo de Jesús un Dios, creaban el elemento esencial a toda religión. Para establecer un culto se debe de antemano inventar la divinidad.

El de Capua, en 391, decreta la virginidad de María, y el de Antioquía, el mismo año, combate a quienes pretenden que los sacramentos son inútiles.

Fue en el Concilio de Cartago (253) que se decidió se administrara el bautismo a los niños. Y el de Roma en 386 organizó el celibato para los curas.

En 325, bajo forma de Credo, el Concilio de Nicea establece definitivamente la Iglesia resumiendo los principales artículos de fe. Además, condenó la doctrina de los Arrios, quienes, al cabo de tres siglos, continuaban como tantos otros, negando la divinidad de Jesús. Fue el emperador Constantino quien, asqueado de las discusiones cristianas, obligó a los obispos a reunirse, presidió las sesiones y obligó a terminar con ellas. Dieciocho obispos negaron la divinidad de Jesús y votaron en contra.

La cuaresma no fue prescrita hasta mitad del tercer siglo y el primer Concilio en el que se habla de ello es el de Nicea.

El Concilio de Toledo, en el año 400, combatió el error de quienes pretendían que el Dios de los judíos (Jehová) y el de los cristianos eran diferentes.

San Agustín inventó el pecado original y el Concilio de Mileva (416) lo consagró.

El Concilio de Tours (566), prohibió a los cristianos festejar al dios Jano el 1º de enero.

Y el de Macon (585), declaró muy gravemente que la mujer pertenecía al género humano.

¡No te rías, lector! ¡Como yo, sabes muy bien que los enamorados hacía muchísimos años que se habían dado cuenta de ello!

La razón de esto está en que dudando del hecho que, según la Biblia, Dios había fabricado a Eva de una costilla de Adán y no semejándose ni al hombre ni a Dios, aquéllos varones dudaban si debía o no ser excluida del género humano. Si hubieran sido justos y amables, hubieran colocado a la mujer por encima del hombre, animal feo y barbudo. Y queriendo hacer las cosas bien, otorgaron un alma a la mujer. ¡Cuántos de nosotros, por su belleza y su gracia, la concedemos dos almas!

Los judíos no admitieron ni estatuas ni imágenes. Respecto de ello, la Biblia contiene formales y numerosas prescripciones. (Exodo 2,10. - Deuteronomio V. - Levítico XIX y XXVI). ¿Debió la Iglesia seguir tales tradiciones?

El Concilio llamado de España (año 305), proscribió imágenes y estatuas. El segundo concilio de Nicea en 787 los restableció, pero el de Francfort (794), los proscribió de nuevo. En fin, un concilio de 842 los restableció definitivamente. Si en algo existen intermitencias es en este dogma.

El Concilio de Constantinopla en 692, decidió que el cuerpo de Jesús figuraría sobre la cruz en lugar del cordero que hasta entonces figuraba en ella.

El Concilio de Florencia (1439) proclamó que las almas de los justos no estarían obligadas a esperar la resurrección de los cuerpos para poder entrar en el paraíso. Y los Concilios de Constanza (1414), y el de Basilea (1431), suprimieron el vino en la comunión de los fieles.

El Concilio de Jerusalén decidió en 754 que Jesús no estaba realmente presente en la hostia, pero el de Roma (1050) decidió lo contrario.

Otro Concilio, celebrado en Roma en 1215, proclamó definitivamente el dogma de la presencia real.

La fiesta del Corpus, destinada a celebrar esa presencia, fue establecida por el papa Urbano IV, en 1264. Pero, en el Concilio de Trento en 1515-1563, fue abordada aún esta cuestión. Este Concilio decidió también que existía un purgatorio y que las almas podían ser consoladas por medio de misas y plegarias.

Es a partir de entonces que se puede considerar la Iglesia más o menos completa en dogmas y en ritos. Habían sido necesarios casi 1.603 años para edificar la religión que se pretende aportara Jesús sobre la tierra, en forma definitiva.

Limitemos aquí nuestra enumeración. Franqueemos los siglos y citemos, para terminar, dos dogmas contemporáneos: el de la inmaculada concepción que data de 1854, y el de la infalibilidad de los papas, que data del 13 de julio de 1870.

Este último consagra la superioridad del papa sobre los Concilios. El de Constanza, en 1414, había, por el contrario, consagrado la supremacía de los Concilios sobre el papa.

Resumiendo: la religión católica se compone de un conjunto de doctrinas y prácticas, tomadas en su casi totalidad a otros cultos, discutidas y luego instituidas penosamente a través de los siglos y mejor o peor soldadas unas a otras.

Ante ello, Pigault-Lebrun, proclama:

«Aunque deben enfadarse todos los abates nacidos y por nacer, es innegable que su edificio religioso es un disfraz de Arlequín, cuyos colores dispares chocan la mirada y el conjunto hiere la razón». (Le Citateur, XI)

CAPITULO XIII

LAS FIESTAS CATÓLICAS. NAVIDAD. PASCUAS. PENTECOSTÉS. / LA CANDALARIA / LOS REYESMAGOS. / CONCORDANCIA ENTRE LAS FIESTAS CON LAS ANTIGUAS FIESTAS PAGANAS.

Los fundadores de la religión católica han dispuesto con mucho cuidado la transición entre las costumbres religiosas existentes antes del cristianismo y las prescripciones de la nueva ley.

A tal objetivo han dado a los acontecimientos importantes de su religión las fechas de las fiestas del paganismo. Ello les ha permitido celebrar estos acontecimientos en la misma época y substituir poquito a poco las fiestas de las antiguas religiones.

I - NAVIDAD

El católico convencido de que el 25 de diciembre asiste a la misa del gallo, está persuadido que la Iglesia celebra en tal fecha el aniversario del nacimiento de Jesús, lejos de la duda de que nadie conoce a ciencia cierta la fecha de tal nacimiento, que siempre ha sido muy problemática.

Durante casi cinco siglos, esa fecha fue fijada el 6 de enero. Las Iglesias griegas celebran esta fiesta unas el 6 de enero, otras el 20 de abril y otras el 20 de mayo.

Fijando arbitrariamente el 25 de diciembre como fecha del nacimiento de Jesús, la Iglesia ha querido asimilarse los usos de los romanos, quienes celebraban, al final de diciembre, la fiesta de su

dios Saturno, pues habían consagrado el 25 de diciembre al Dios Sol.

Las Saturnales constituían la fiesta de la loca y licenciosa alegría. El alegre resopón contemporáneo, con toda su secuela de aventuras amorosas y bailes, etc. durante la noche de Navidad, no es sino reminiscencia de las Saturnales. Es la eterna fiesta de la juventud y del amor.

A partir del 25 de diciembre, los días se prolongan, aportando el despertar de la vegetación, acontecimiento celebrado gozosamente por todas las religiones antiguas. Se adornaban las casas con árboles verdes para simbolizar la verdura que la primavera trae consigo, y se alumbraban fuegos para celebrar el renacimiento del Sol y de sus rayos. El árbol y el leño de Navidad, tan celebrado en todos los países, no tienen otro origen.

Por otra parte, como lo señala Dupuis («Origen de todos los cultos», V, 589», Mithra, el Sol, el dios de la religión persa), a la que el cristianismo ha tomado tantas cosas, había nacido el 25 de diciembre y se celebraba pomposamente su nacimiento en tal fecha. También en esto fue copiado el culto persa.

Haciendo nacer su Dios el 25 de diciembre, la Iglesia se arregló pues, con gran habilidad, para que no hubiera demasiado choque en la transición entre las dos religiones antiguas y el nuevo culto. Lo que no deja de ser un argumento de valor contra ella.

II - PASCUAS

La Biblia nos dice que los judíos fueron durante 430 años, los esclavos de los egipcios (Exodo, XII), y para convencer al faraón de estos últimos que debía permitirlos marchar, el Padre Eterno envió a los egipcios azotes tan variados como desagradables. El rey, obstinado como una mula, resistió. Haciendo a mal tiempo buena cara, luchó contra las ranas, contra los piojos, y cuando Jehová

suprimió durante tres días la luz del Sol, el impío se contentó alumbrando una gran hoguera. Entonces el Eterno se decidió a dar un golpe formidable. Hizo venir a Moisés y le dijo: «Ahora voy a matar al primogénito de cada familia egipcia, así como también el primogénito de su ganado. Para no engañarme (lo que prueba que Dios no era tan infalible como se le representa, ni incluso tan infalible como el Papa), matad en cada una de vuestras casas un cabrito o un cordero y con su sangre pintad los postes del dintel de las puertas (Exodo, XXI).

Los Egipcios, claro está, tocados en su más tierna afección, liberaron a los judíos, quienes cada año celebran bajo el nombre de Pascuas el aniversario de ese día memorable.

La fiesta duraba siete días, durante los cuales se comía el pan sin levadura. Era la Semana Santa de los judíos. El primer día comían vestidos en traje de viaje, de pie, cordero y lechugas silvestres. El primero y último días eran los más solemnes.

Todas estas ceremonias simbolizaban la precipitación con que tuvieron que abandonar Egipto y el pan miserable que habían comido. Pascuas viene del hebreo que quiere decir «paso», aludiendo al del ángel exterminador que mató a los primogénitos egipcios.

Los cristianos, hallando esta fiesta establecida, quisieron conservarla, y, en consecuencia, su dios resucitó, como al azar, durante la última semana. Lo que permitió conservarla como fiesta católica que substituyó la judía.

Es de ahí que viene esa mezcolanza curiosa de las dos religiones. El cordero judío que hasta entonces había sido un animal sin pretensiones, ascendió en grado y se transformó en Dios. Jesús se humilló y sin ton ni son, se transformó en cordero pascual. El hijo del Eterno fue transformado en cuadrúpedo. Desde entonces figuró en muy buena posición en los adornos del culto. Se le colocó acostadito en medio de la cruz, donde permaneció hasta el conci-

lio de Constantinopla (año 692) en que fue substituido por el cuerpo de Jesús.

Sea como fuere, el objetivo perseguido fue alcanzado; la fiesta judía del «paso» y la semana santa fueron conservados, la mezcla de las dos religiones fue operada, el cordero y Jesús fueron debidamente fusionados y confundidos. Cuando la Pascua cristiana estuvo bien aclimatada, se le dio una fecha diferente a la de los judíos.

III - PENTECOSTES

Cincuenta días después de su salida de Egipto, que celebran anualmente bajo el nombre de Pascuas, los judíos recibieron del Eterno, por intermediario de Moisés, en calidad de regalo celeste, sus leyes llamadas el Decálogo. Es desde entonces que celebran cada año la fiesta de Pentecostés, cuyo nombre deriva de una palabra griega que significa: cincuenta.

Los fundadores de la religión cristiana hallaron esta fiesta aún en vigor y así (hay que admirar también en este punto el dedo providencial y la mano de los curas), advino el Espíritu Santo, respetuoso de las fiestas antiguas, y apareció a los apóstoles justamente cincuenta días después de Pascua. Lo que permitió yuxtaponer una Pentecostés cristiana a la judía, con el objeto de absorber esta última.

IV - LA CANDELARIA

Es una fiesta celebrada el 2 de febrero en honor de la Purificación de la Virgen. El origen de su nombre procede de candela, porque los fieles llevan cirios en la procesión, como accesorios a la fiesta, que fue instituida por los católicos para reemplazar las lupercales y las fiestas de Proserpina, de los Romanos, que se cele-

braban en la misma fecha, en ocasión de la cual los paganos llevaban antorchas encendidas.

V - LOS REYES (EPIFANIA)

Las saturnales de los romanos empezaban hacia el 25 de diciembre y se prolongaban hasta el 6 de enero. Consistía esa fiesta en comilonas y embriagueces, redoblando de excentricidad el último, día en que el rey de la fiesta era designado por sorteo.

La Iglesia aprovechó esa fiesta para transformarla en la de los reyes magos, lo que hoy como ayer, no deja de ser una fiesta pagana, practicada por todos los que forman legión y que aman la alegría, las buenas comilonas y las buenas botellas que se conservan habitualmente entre telarañas.

VI - DIA DE TODOS LOS SANTOS

Los romanos tenían numerosos dioses, diosas y semidioses. Tan grande era el número de ellos, que era imposible honrarlos particularmente uno a uno. Ello decidió a que se levantara un templo dedicado al culto de todos los dioses y que por tal razón se llamó el Panteón. La fiesta global de todos esos dioses tenía lugar en el mes de mayo.

En el año 607, el papa Bonifacio IV, queriendo conservar la fiesta pagana cristianizándola, consagró ese templo, que le había regalado el emperador Phocas, a la Virgen María, la diosa católica, y a los hombres divinizados que se llaman mártires y santos. De donde tomó el nombre. Cada santo tiene su especialidad, y S. Antonio de Padua, que nunca dejó de estar en boga, no tiene su parigual para encajar los envíos de dinero que se le pueden hacer.

La deificación de un hombre, que entre los romanos se llamaba apoteosis, entre los católicos se llama canonización. Los santos católicos forman un verdadero ejército: ¡Son más de 25.000

La fiesta, que en principio conservóse en mayo, fue transferida al primero de noviembre por Gregorio IV, a petición de Luis «el Bondadoso», quien señalaba que tal época era más favorable para la recepción de los peregrinos que aflúan a Roma, pues las cosechas estaban ya terminadas.

CAPITULO XIV

EL BAUTISMO, HIDROTERAPIA RELIGIOSA / CEREMONIAS ANTIGUAS DE LA PURIFICACIÓN

He aquí un capítulo de toda frescura y de divina humedad. ¡He aquí la glorificación de la ducha, del baño y de la hidroterapia celeste! El bautismo es la colada mental, el lavado psicológico, la aplicación del agua para el enjuague de las almas y la desinfección del espíritu.

De una manera general, el bautismo forma parte de las ceremonias de purificación practicadas por diversas religiones, muchos siglos antes de Jesús. Su objetivo es la iniciación de una persona a los ritos religiosos y la aceptación, por ella, de esta religión, al mismo tiempo que la purificación del alma y la absolución de todos los pecados.

Como no podía enjuagar el alma, el sacerdote de la antigüedad lavaba el cuerpo como si hiciera zafarrancho; maniobra grotesca como la del cañonero que lavara el exterior del cañón para salvaguardar la estría del mismo. Bajo el punto de vista religioso, nosotros somos contemporáneos de las edades prehistóricas y los católicos no han hecho sino tomar los métodos, en esto como en todo, de religiones anteriores a Jesús.

En la antigüedad, las ceremonias de purificación comportaban además del bautismo, la inmersión en tal o cual circunstancia, del

cuerpo, en parte o totalmente, en el agua. La aspersion de agua bendita y del lavado del cuerpo bajo la vigilancia de los sacerdotes.

Actualmente, los israelitas, al principio de las comidas, se lavan las manos, y los musulmanes se lavan antes de las plegarias, todo o parte del cuerpo.

Antes de llegar al altar judío, se hallaba un recipiente de bronce en el cual los curas se lavaban las manos y los pies. (Exodo,, XX y XXI).

Antes de Jesús, los persas bautizaban los niños y les daban el nombre del día del bautizo.

En India se bautizaba a los niños, ya sea con agua bendita, o bien sumergiéndoles en el Ganges. Los judíos hacían lo propio pero en el Jordán, y los griegos, cerca de Atenas utilizaban el riachuelo Illisus.

En los primeros tiempos de la Iglesia, el bautismo consistía en sumergir tres veces consecutivas y enteramente el cuerpo en el agua. La Iglesia Romana decidió echar agua en la cabeza, lugar considerado como manteniendo el alma que debía ser salvada. La Iglesia griega ha conservado la vieja costumbre que contiene el mérito de la antigüedad y reprocha a la Iglesia Romana de haber abandonado esta Práctica desde el siglo XIII, y adoptado el bautismo actual. Ella considera el bautismo de la Iglesia Romana como nulo, bautiza de nuevo a los niños convertidos al culto griego y los consideraban tan paganos como si fuéramos Pieles Rojas.

En los primeros tiempos de la Iglesia, como no se había inventado aún el pecado original, no había lugar a bautizar a los niños; más tarde se admitió que la fe de los padres ocuparía la de su progenitura. En consecuencia, el concilio de Cartago, en 253, decidió que los niños debían ser bautizados. Entonces se administró al bebé, por aplicación del principio, el bautismo, la comunión bajo

forma de vino y la confirmación. Esta costumbre la sigue aún la religión griega, pero fue abandonada por la romana.

La Iglesia Romana decidió en principio, que los niños no podrían comulgar si no sabían el «padre nuestro» y el «credo». Luego, el Concilio de Trento exigió que tuvieran uso de razón, dejando al cura el cuidado de fijar la edad. En la primera década de este siglo XX una decisión del Papa disminuyó hasta los siete años la edad requerida para la primera comunión. Y ello porque la Iglesia pensó que en los tiempos actuales, es casi imposible hacer aceptar tal sacramento a las personas en uso de su razón.

CAPITULO XV

LA CONFESIÓN EN EL PAÍS HINDÚ / LOS GRIEGOS, PERSAS, EGIPCIOS, LOS JUDIOS, ETC.

La confesión es tan vieja como el mundo, tanto como la curiosidad y el espíritu de dominación de los curas que le dieron nacimiento y tan antigua como la locura religiosa.

En India, cuya religión parece ser la más antigua del globo y anterior en varios miles de años a Jesús, la confesión se efectuaba ya públicamente o bien ante un tribunal de tres brahmas (curas). La confesión de las faltas debía ir acompañada del arrepentimiento. Como actualmente, el tribunal infligía condenas consideradas en proporción a las faltas.

Cuando Buda reformó la religión brahmánica, unos 700 años antes de Jesús, conservó la confesión, que se celebraba públicamente y por lo menos una vez al año.

La Iglesia católica nos dice: «Todos los pecados confesarás al menos una vez al año». ¡Siempre el plagio!

En Egipto, en Persia, en Grecia, la confesión fue practicada. Entonces como hoy se hallaban fieles refractarios a la confesión humillante, y Plutarco nos cuenta la respuesta brutal que hizo un espartano a un cura pagano que quería confesarle.

El espartano.- ¿Es a ti o a Dios a quien me confesaré?

El cura. - A Dios.

El espartano. - ¡En tal caso, tú, hombre, retírate!

Platón, en su «República», explica que sacrificadores y adivinos asediaban las casas de los ricos para persuadirles que si habían cometido alguna falta, podían rescatarla por medio de ellos, en virtud del poder que los dioses les habían otorgado.

Los judíos, una vez por año hacían confesión pública. El gran sacerdote llevaba un macho cabrío sobre el altar, ponía sus manos sobre la cabeza del animal, confesaba en voz alta los pecados del pueblo y los suyos propios, Y sin ambages de ninguna clase, rogaba al Eterno que hiciera recaer sobre el cuadrúpedo inocente el castigo aplicable a las faltas cometidas (Levítico, XVI, 21). Un judío de confianza conducía al pobre animal al desierto y allí lo abandonaba.

También, en sus primeros tiempos, la Iglesia católica celebraba la confesión públicamente. Se produjo un caso chistoso, que provocó entre los mismos fieles una risa comunicativa cuyo eco, de siglo en siglo, ha llegado hasta nosotros.

Un buen día, hacia el final del cuarto siglo, una señora excelente y que podemos suponer guapa y maliciosa al mismo tiempo, se acusó públicamente en términos que no daban lugar a duda alguna, de haberse relacionado sexualmente con un cura. ¡Por poco desaparece la confesión! Ciertos obispos, entre ellos Nectario y Crisóstomo, la abolieron en sus diócesis respectivas.

Entonces la Iglesia prescribió la confesión secreta que no se usó corrientemente sino hasta el séptimo siglo y no fue adoptada definitivamente hasta el siglo doce.

Antiguamente, el clero vendía sus absoluciones. Era una mercancía celeste cuyo precio variaba según las faltas cometidas. La tarifa de la sagrada penitenciaría (París, 1520), nos enseña cuánto debía pagarse por haber asesinado a la madre; por falso testimonio; por haber acariciado a una señora en la iglesia; por haber desflorado una virgen, etc.

Lo que debemos confesar aquí es la gran superioridad del animal sobre el hombre, pues ningún animal se ha visto jamás obligado a confesar a quienquiera sus pecados amorosos, los más agradables que pueden existir.

Animales llenos de sentido común que pobláis los campos y los bosques: ¡Decidle al orgulloso rey de la creación que él es el más tonto de los animales, cuando consiente en arrastrarse ante sus semejantes, convirtiéndose cómicamente en semidiós! ¡Decidle que todos los hombres son iguales, que su incurable estupidez deshonra al universo, y que el cura nunca recibió mandato de representación de ese desconocido que se llama Dios!

CAPITULO XVI

LA MISA DE COMUNIÓN EN LAS RELIGIONES DE LA ANTIGÜEDAD

La costumbre de ofrecer a los dioses, por intermediario del cura, objetos diversos de los que éste se aprovechaba, es antigua y común a todas las religiones.

Esa ofrenda, que se llamaba sacrificio, era en realidad un impuesto constituido por el cura bajo pretexto de consagrar ciertas cosas a los dioses, Era un presupuesto de los cultos, pagadero en objetos e individualmente.

Ciertos pueblos sacrificaban víctimas humanas. Abriendo la historia de los judíos, hallamos profundamente enraizada esa costumbre de la necesidad del sacrificio humano para aplacar a Dios.

Es así que el Eterno mismo pide a Abraham inmole a su hijo Isaac, quien escapa a la degollina, pero la hija de Jefté es masacrada. Jonás es condenado a muerte y lanzado al mar para apaciguar la cólera celeste. El rey Achaz sacrifica su primogénito (Reyes, IIXVI), y el pueblo, imitando sus reyes, ofrece al cuchillo del cura sus hijos, para redimirse y calmar la divinidad (Reyes, II-15, VII-17).

Por otra parte, vemos que Dios hace de su hijo un hombre y lo crucifica. La ley judía había verdaderamente organizado el asesinato, obligando a los judíos a sacrificar, sobre los altares, a los primogénitos de cada familia (Exodo, XIII).

Desde luego, podían reemplazar al niño por un cordero y mediante el pago de cierta suma (5 siclos por un niño y 3 por una niña) (Levítico, XXII-3, XVIII). Estamos obligados a constatar que era la organización legal y efectiva del sacrificio humano y (la víctima era repartida entre el fiel y el cura) de la antropofagia. (Malvert, «Ciencias y religiones», 105).

La pasión de Jesús no es, pues, más que una aplicación de las teorías de los judíos sobre la redención de los pecados por la inmolación de víctimas inocentes, especialmente criaturas. Predicando que Dios había consentido la inmolación de su hijo para apaciguar su propia cólera, Pablo no hizo más que asimilar la divinidad a los judíos.

Es el eterno sistema del hombre, creando sus dioses a su imagen, y es el asesinato de niños, el cual, habiéndose convertido en contagioso, alcanzó el cielo, según los judíos, y sedujo al propio Dios

En la India, mucho antes de Jesús, en medio de ciertas ceremonias hacían bajar cada día Kristna, representante de Visnú, sobre

el altar. Luego el oficiante comía con los fieles las galletas de arroz que le habían sido dadas y bebía con ellos el agua de azafrán.

En Egipto, los Terapeutas consagraban sobre sus altares el pan y el agua. Los persas tenían también un sacramento comportando la consagración del pan y de un liquido. (Dupuis, «Origen de todos los cultos»).

La religión persa había sido fundada o reformada por Zoroastro, según unos, unos 600 años antes de Jesús, y según otros, unos 1.300 años. Ella se extendió a los egipcios y a los griegos y fue introducida en Italia 67 años antes de la era cristiana. Cuando murió Cristo tenía pues, en Roma, cien años de existencia, y vivió aún 400 años más, lo que explica, por la larga existencia simultanea en Roma de los cultos persa y cristiano, el plagio de este último.

San Justino («Apología para los cristianos»), nos dice que los curas de Mitra celebraban con gran pompa la comunión; y que ellos ponían pan y agua en un cáliz, recitando ciertas fórmulas de consagración. Tertuliano, en su «Tratado de las prescripciones», hace una declaración análoga.

El cura persa, después de las aspersiones de agua bendita, invocaba los dioses; los fieles unían a las suyas sus plegarias y luego él mismo absorbía y distribuía a los comulgantes, el pan y el licor que acababa recién de consagrar ayudado por palabras misteriosas.

Estos y otros usos, que sería prolijo enumerar, han sido adoptados por el catolicismo, y la confesión, como en las otras religiones, precede a la comunión.

Durante mas de mil años, los curas y los fieles católicos comieron y bebieron pan y vino en recuerdo de Jesús, con ciertas ceremonias, es verdad, pero sin que se obligara a nadie a creer que el pan y el vino se transformaba en Dios.

Era la copia exacta de las comidas de los antiguos cultos. Actualmente, sobre el altar, el cura continua absorbiendo frugalmente el pan y el vino que se declaran ser carne y sangre; el fiel no absorbe más que el pan, salvo en la Iglesia griega, en la que el uso del vino es respetado.

La palabra «hostia», derivada de «hostis» (enemigo), designó en principio los prisioneros enemigos que se sacrificaban a los dioses, y luego los bueyes, corderos y otras víctimas que se sacrificaban sobre el altar y cuya carne, consagrada por el cura y absorbida por él y los fieles, les santificaba.

La hostia actual no es más que la carne humana, y divina, substituta de la la carne de los animales de las religiones de sacrificio sangriento, o el pan de aquélla, que reducía la consagración al mismo y a un líquido cualquiera. Llena el mismo objetivo de purificación, y el mismo nombre, y no es más que la continuidad de las comidas de antaño.

Es en recuerdo de las antiguas religiones que a la misa se llama: el sacrificio de la misa.

La palabra sacrificio procede de «Sacer Facere»: consagrar. El cura católico consagra, por medio de ciertas plegarias y ceremonias, el pan y el vino, como las religiones antiguas consagraban el pan y un líquido cualquiera e incluso el filete de buey o el muslo de cordero. A través de los siglos es el mismo procedimiento perpetuado.

Antiguamente los judíos inmolaban animales variados sobre el altar. En tiempo de Moisés, el altar medía unos 2 metros 50 de largo, otro tanto de ancho y 1 m. 50 de alto. Estaba recubierta de bronce y comportaba como accesorios indispensables: un asador, un caldero, rascaderas, cazos, tenedores e incensarios, todo ello en bronce y portátil. (Exodo, XXVII y XXXVIII).

El fiel, llegado al pie del altar con la víctima elegida por él, colocaba su mano sobre ella. El cura, mitad carnicero y mitad coci-

nero, intervenía acto seguido, degollando y desollando al animal, cuidando que la sangre se vertiera en torno al altar; quemaba la cabeza, la asadura, el rabo, los riñones y la grasa. Toda especie de grasa, dice la Biblia, pertenece al Eterno. (Levítico, III, 16).

Las víctimas ordinarias eran el becerro, el macho cabrío, el cordero, la tórtola, etc. El cura conservaba la totalidad o una parte de la víctima, según fuera el objetivo perseguido. Al fiel le pertenecía lo que el cura le abandonaba y es así que comía alimentos consagrados por el oficiante. Estos alimentos redimían al fiel de los pecados y purificaban el alma. (Véanse los primeros capítulos del Levítico).

Los judíos ofrecían también al Eterno, dulces, que el cura quemaba en parte y se quedaba con el resto.

El cristianismo no tuvo, pues, para establecer su comunión, sino el apuro de escoger entre las religiones que practicaban las comidas sagradas. La ceremonia de la Cena, por ejemplo, era practicada cotidianamente por los judíos, y Jesús no innovó nada sobre tal punto.

Todos los días, al principio de las comidas, el jefe de familia bendecía el pan mediante una plegarla, lo rompía y lo repartía. Esta costumbre se practica actualmente aún; incluso por gentes que no son judías.

La narración de los evangelios sobre este punto y las palabras otorgadas a Jesús, no fueron, en realidad, más que un pretexto imaginado para justificar la adopción de los ritos de las antiguas religiones relativas a los alimentos sagrados y a la comunión antigua. Es, en suma, el rejuvenecimiento de los viejos usos.

Fue al cabo de 1,215 años cuando la Iglesia adoptó el dogma de la presencia real de Jesús en la hostia.

La adopción por las religiones como alimento sagrado de la carne de los animales, había constituido un progreso enorme so-

bre los sacrificios humanos y la antropofagia de los cultos originarios.

La substitución del pan y de un liquido por la carne y la sangre, constituyó otro que la Iglesia adoptó, pero la locura de los Concilios produjo, al cabo de más de mil años, con el dogma de la presencia efectiva de Jesús en la hostia, un movimiento de retroceso y de rehabilitación de los sacrificios humanos y de la antropofagia de los tiempos pasados.

El empleo de la divinidad como desinfectante del alma y como fenol intelectual y moral, el uso de la carne humana para la purificación del espíritu, constituyó evidentemente el colmo de la locura religiosa. Tal envilecimiento no fue igualado por ningún otro culto.

«¡Vosotros sois los únicos -dice Pigault-Lebrun a los curas católicos- que habéis imaginado que podéis comer vuestro Dios, que conserváis al Infinito en vuestro estómago, lo digерís, y luego lo devolvéis! (Le Citateur», cap. I).

CAPITULO XVII

La eucaristía. Antropofagia y teofagia.

La comunión se llamaba ágape, del griego, que significa: caridad, amor. El hecho de ser cristiano, no significa dejar de ser hombre. Se produjeron abusos y se acusó a los invitados de abusar del vino y de las comilonas, de invitar a cortesanas y manifestar, una vez las luces apagadas, demasiada afección entre ambos sexos. El Concilio de Cartago (año 397), los abolió. Ya en tiempos de Pablo había abusos. «Unos, dice el apóstol, se presentaban en ayunas y otros borrachos».

Y en una de sus epístolas, llama: «Por todas partes se dice que entre vosotros hay una tal impudicia que ni tan siquiera los paganos la igualan (I. Corintios, V).

En realidad, la lógica ha de ser mínima en el hombre para no discernir el «non senso» de las prácticas religiosas en la materia. Toda ella divagación y estupidez.

CAPITULO XX

LOS ÁNGELES MEDIANEROS ENTRE VARIAS RELIGIONES. SU SEXO. SUS AMORES.

Un ángel no tiene más ni menos religión que un cuervo. Son las religiones las que se encargan de la demostración categórica de esta verdad sorprendente.

Los judíos empleaban ciertos ángeles para hacer los recados. Esos ángeles voladores pasaron con todas sus armas a la religión católica, que abandonaron no menos ligeramente para pasar a las religiones musulmana y protestante, Se les halla con los mismos nombres en cuatro religiones diferentes.

La religión musulmana estima en mucho al ángel S. Gabriel, el mismo que anunció a María sorprendida (con mucho menos lo hubiera estado), la operación del Espíritu Santo. Es él quien acompañó a Mahoma en el curso de todas sus excursiones, protegiéndole en todas sus luchas y quien le condujo la yegua blanca y alada sobre la que montó para visitar el paraíso. Fue él también quien le dictó el Corán. Lleno de amabilidad, le protegía con sus alas de los ardores del Sol. Desde luego, no solicitéis a vuestro ángel guardián que os preste tal servicio. ¡Sería en vano!

Los ángeles Miguel y Gabriel no titubearon un instante, aunque ya eran judíos y católicos a la vez, en asistir a las bodas de Fatima,

hija de Mahoma, casada con Alí; y 70.000 ángeles de menor nombradía siguieron a los desposados formando un inmenso cortejo.

No hay por qué sorprenderse del número, pues en la religión de Mahoma los ángeles son abundantes. Tan es así que contrariamente a la religión católica, que nos concede un sólo guardián, los musulmanes tienen dos: uno para el día y otro para la noche. En esto los musulmanes son más racionales que los católicos, pues, han sabido substituir la jornada de 24 horas, por dos de 12, lo que demuestra que el sistema de la división del trabajo dio siempre óptimos resultados.

Bajo el nombre de Lares o Penates, los romanos tenían genios domésticos, análogos a los ángeles guardianes encargados de proteger cada familia. Estaban representados por estatuitas instaladas en la casa y a las que se ofrecían inciensos, coronas, vinos y una parte del menú de la familia a la hora de comer.

Los persas y los hindúes, desde la más remota antigüedad, tenían ángeles buenos y malos.

El ángel es uno de los accesorios de todas las religiones y el criado de los dioses.

Platón, más de 400 años antes de Jesús, habla ya de los ángeles griegos. Es decir, que los centinelas católicos que están, según nos dicen, encargados de acompañarnos, han sido tomados de las religiones precedentes.

Platón dice que ese genio familiar da a las personas a él confiadas, los mejores consejos y les previene contra el genio del mal.

A la muerte, el ángel conduce alegremente el alma del Justo ante sus jueces; por el contrario, si es un injusto, agarra por el cuello el alma del culpable y lo arrastra, pese a su resistencia, ante el temible tribunal.

Es archisabido que ninguno de los ángeles de las religiones antiguas ni moderna existe, lo que no impide al clero católico predi-

car la devoción a esos volátiles celestes, de los que ha recogido sus formas en los cultos antiguos y robado la institución a las religiones desaparecidas. El catolicismo es un verdadero museo de vejatorios y dogmas pasados de moda.

Estas consideraciones, de simple sentido común, son, sin duda, desagradables para los ángeles, pero lo es más aún lo que la Biblia indiscreta y el libro de Enoch nos cuentan de su indecente lubricidad.

La Biblia, con toda crudeza (Génesis, cap. VI), nos dice: «Los ángeles de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran bellas, se acostaron con las que más les habían gustado». ¡Ah! ¡Ah! ¡Esto es trigo limpio! ¡No se apuraban los angelitos! ¡Y la Iglesia católica que nos dice que no tienen sexo! ¿Quién les mete mano?

Además, la Biblia añade que los «ángeles se unieron a las hijas de los hombres y les dieron hijos».

Esa unión y los niños que nacieron de ella atestiguan un amor en nada platónico y de un sexo sobre el cual no ha lugar a duda. ¡En lazo de unidad no es una simple figura gramatical!

La palabra «ángel» significa mensajero. El ángel es el cartero de los correos celestes. Los de los primeros cristianos tenían forma humana y estaban desprovistos de alas, que les fueron dadas por los pintores y escultores, desolados ante tal banalidad. Pero el catolicismo posee otros en forma de animal. Ya en Egipto, los querubines tenían cabeza de buey.

El profeta Isaias (Isaias, VI, 3), nos informa sobre los serafines, grandes aves con manos y tres pares de alas, volando como águilas. Nos hace enrojecer nuestra calidad de humanos cuando se piensa que el ángel, animal puramente ficticio, posee aún, entre nosotros, altares, cultos, cofradías, diarios, etc.

CAPITULO XXI

La ascensión de los dioses y visita a los infiernos

Nuestra santa madre la Iglesia celebra, bajo el nombre de ascensión, el día en que Jesús subió a los cielos. Lo que hace reír a ciertos incrédulos quienes pretenden ¡los infames!, que Jesús no ha existido, como no han existido los dioses paganos y una multitud de otras divinidades humildemente adoradas durante siglos y echadas ahora al cuarto de los trastos.

Esos impíos no tienen razón. Esa ascensión es por lo menos tan verosímil como se puede imaginar, pues, en todos los tiempos hubo ascensiones de dioses que iban y venían desde la tierra hasta el cielo.

Hay más; simples mortales como nosotros han sido elevados al cielo sin ninguna clase de proceso.

Es necesario estar poseído por el demonio, para dudar de las excursiones que podríamos calificar como clásicas, ya que tan y tan comunes son a todos los cultos.

La Iglesia católica nos ofrece cuatro ascensiones. Las que formaban parte del culto judío y ella se apropió. El padre Eterno, sintiendo gran afección por Enoc, se paseó con él durante 300 años sobre la tierra. La compañía de tan excelente camarada le era tan agradable, que lo hizo subir con él hasta los cielos, donde continúa sin duda alguna platicando en interminables charlas empezadas sobre la tierra (Génesis, cap. V).

El profeta Elías también subió a los cielos pero se sirvió de una carreta de fuego tirada por caballos inflamados. Era necesaria una carreta en relación con los corceles. ¿Cómo se podían enganchar caballos así a una carreta ordinaria? No hay duda que el profeta debía ser tan atrevido como incombustible. Es la segunda ascensión. La de Jesús fue la tercera y la cuarta fue la de María. Aunque

fue solamente en el siglo VI cuando se conoció la subida a los cielos de la madre de Jesús. Hasta aquella fecha fue un secreto tan bien guardado, que nadie había oído hablar del mismo. Y es que, en general, los dioses viajeros son de una modestia extrema. Cuando bajan a tierra lo hacen como simples turistas y sin la menor publicidad. En el mas estricto incógnito.

Jamás, desde que el mundo es mundo, se ha visto un dios hacernos majestuosamente una visita, acompañado por miles de criados tan brillantes y alados como son los ángeles.

En lugar de aparecer en el resplandor de su gloria cegadora a un pueblo o incluso al mundo entero, y de dictarle imperiosamente sus leyes, los dioses, según los curas, se disimulan y buscan los disfraces más extraños. Cierta número de ellos, entre los cuales Jesús, han ido tan lejos en su preocupación de mantener el incógnito, que se han estado durante nueve meses escondidos en el seno de una virgen. Escondite seguro, inviolable, aunque un poco estrecho y bastante vulgar para el Creador del universo. El diario de las impresiones de un dios, durante tal monótona estancia, sería inestimable, pero ninguna de las divinidades que han habitado el virginal reducto han publicado sus memorias.

Lo curioso es que, en sus viajes sobre la tierra, los dioses no se aparecen sino a los pobres de espíritu, favoreciendo así, de forma escandalosa, a los imbéciles, que están obligados, con los curas, a convencer a los incrédulos de la excursión sobre nuestro globo de esas divinidades misteriosas. Lo que no se hace sin desarrollar grandes esfuerzos.

Mahoma subió al cielo con Gabriel; Buda se sirvió de escaleras para subir y bajar. Confidencialmente debo decir que creo fervorosamente en Buda y en sus escaleras. Los budistas tienen mas de 400.000.000 de fieles mas que los católicos, quienes tienen tanta religión como una gallina. ¡Qué fruslería! Yo soy partidario de formar en los grandes batallones.

Hay una excursión que gusta mucho a los dioses. Es la que conduce a los infiernos que, como se sabe, están situados en el subsuelo de nuestro planeta. El alegre Baco aprovechó su muerte para ir allí, en espera de su resurrección. También lo hizo el dios Osiris y Jesús aprovechó juiciosamente el intervalo entre su muerte y su resurrección para ir, y liberar las almas justas que esperaban impacientemente, desde siglos, su venida, para subir a los cielos. (Dupuis: «El origen de todos los cultos», v. 204-347).

Son tantos los dioses que bajaron a los infiernos, que la visita de Jesús no tiene nada de anormal ni excepcional. Ella estaba de acuerdo con las tradiciones de las antiguas divinidades.

Enemigos de la pereza, los dioses muertos por sus respectivas religiones, emplean en general sus ratos de ocio para visitar a los difuntos. Entre ellos, claro está, no sobra un poco de cortesía. Ella ayuda a combatir la monotonía de la tumba. Solamente varían los detalles. Sería necesario tener muy mal carácter para reprochar que los dioses que nos visitan, osaran copiarse entre ellos.

Como en todos los casos, tuvieron que pasar muchos años (400), para que la excursión de Jesús a los infiernos fuera conocida. Quien habló de ello por primera vez fue un cura de Aquilea, llamado Rufino. (Pigault-Lebrun, «Le Citateur», VI). ¡Ese Rufino conocía sin duda alguna muy al dedillo las religiones y no estaba desprovisto de espíritu de imitación!

CAPITULO XXII

USOS TOMADOS POR LA IGLESIA CATÓLICA A LAS ANTIGUAS RELIGIONES

El ayuno y la abstinencia. - Las indulgencias.

Como preparativo a las ceremonias de purificación o bien a las grandes fiestas del culto, los curas de las religiones antiguas pres-

cribían ayunos más o menos prolongados y la abstención de carnes, e incluso obligaban a los fieles a vivir en la castidad y la continencia durante un período de nueve días. Esas prácticas se hallan sobre todo en Egipto, entre los judíos, en Persia, Grecia y en la India. De ellas proceden la cuaresma, el ayuno y las novenas de los católicos.

Las indulgencias para los vivos y los muertos han sido tomadas a los griegos y a los judíos.

Las procesiones.

Imitación también de la antigüedad son las procesiones de hoy día, ya sea en el interior o en el exterior de las iglesias. Las procesiones hindúes siempre fueron célebres por su magnificencia. En Grecia, sobre todo en Eleusis, se veía en las procesiones, como en las católicas hoy día, sacerdotes emperifollados, una estatua desnuda o adornada con pedrerías y vestida con telas espléndidas. Se la paseaba solemnemente, se le lanzaban flores a su paso, se coronaban a los niños y se usaban antorchas que han sido reemplazadas por cirios llevados por los fieles.

En ellas se lanzaban interminables letanías e incluso el sonido de la flauta que los católicos han reemplazado por las trompetas. Nada fue descuidado para inspirar a los pueblos el respeto y el terror de las cosas religiosas.

El agua bendita. - El hisopo.

En Meusis, a la entrada del templo y en los edificios del mismo uso, se purificaba lavándose las manos en un vaso de agua sagrada. Esta vieja costumbre está representada en las iglesias por la pila en la que se moja la punta de los dedos. ¡Cuidado con tomar ese objeto por un lavabo! ¡No estaría bien!

En los primeros tiempos del catolicismo, las pilas eran verdaderos depósitos. Antes de comulgar, se lavaban los fieles las manos, pues el cura, en aquella época, daba al fiel la hostia en la mano. Los católicos han adoptado también el lavado de manos sobre el altar, costumbre o rito originario de los griegos.

En India, el agua bendita empleada en los bautismos y otras ceremonias, y que además era de uso corriente, contenía sal, incienso, mirra, clavo, almizcle, sándalo, canela, iris. (Jacoillot, «Christna»).

En 342 antes de Jesús, Menandro, cómico griego, cita el agua bendita de su país, compuesta de agua y sal, con la que el cura hisopeaba tres veces al fiel, como lo hacen actualmente los católicos.

La receta del agua de purificación, nos la da la Biblia. El cura inmolaba una vaca pelirroja, quemaba el cuerpo y echaba al fuego leña de cedro, hisopo y escarlata.. Las cenizas eran mezcladas al agua que servía luego para las aspersiones prescritas por el culto.

El incienso y los incensarios se hallaban en las religiones india y judía. El catolicismo copió esa manera de perfumar los templos y conducir a los dioses por la punta de la nariz.

De la religión hindú fueron copiadas la confirmación y la mayor parte de las ceremonias para ordenar a los sacerdotes. Pero es a los persas a quienes pertenece la confirmación y son ellos quienes inventaron el cachete que acompaña la ceremonia. (Véase las notas de «Las Ruinas», Volney).

La tonsura.

La tonsura existía antes de Jesús en la India, en Egipto y en Roma y se practicaba ya en los niños destinados a los cultos de los diversos dioses.

No hay que decir que es divertido el ver a nuestros curas, la mayoría de ellos ignorantes de las religiones antiguas, pasearse gravemente por nuestras calles con ese pequeño sol dibujado sobre sus cabezas. ¡Cómo es divertido el que se afeiten, porque los sacerdotes de la antigüedad se cortaban las barbas!

Las fuentes milagrosas.

Las peregrinaciones y las fuentes milagrosas fueron tomadas también de los cultos antiguos. Lourdes tuvo, en la antigüedad, numerosos precedentes. El evangelio de Juan (V) habla de un depósito de agua milagrosa que existía en Jerusalén y estaba siempre rodeado de enfermos y lisiados. Una vez por año, un ángel enturbiaba el agua y el primero que se lanzaba a ella estaba curado, lo que nos hace pensar que esa carrera y el zambullirse en el agua no debía dejar de ser pintoresco.

No hay mal que por bien no venga. El autor del presente librito, aquejado de reuma, tuvo que permanecer diversas y prolongadas veces en contacto con la milagrosa fuente de Bourbonne-les-Bains.

En tiempo de los romanos, en Bourbonne-les-Bains, se invocaba con éxito y confianza al dios Borvo y a la diosa Damona, quienes curaban maravillosamente los reumatismos. Era el salicilato de aquellos tiempos. En prueba de reconocimiento, los que habían sanado colocaban ex-votos en forma de piedra, llevando las inscripciones de los dioses indicados cerca de la fuente.

Ultimamente, es la virgen María la que administra el negocio de Borvo y Damona quienes ¡pobrecitos!, han dejado de estar de moda.

Los romanos que estaban satisfechos de las fuentes milagrosas, echaban monedas en ellas. Es lo que explica que en 1874-1875 en Bourbonne se hallaron cinco mil de ellas en el sumidero,

bastante bien conservadas. («Bourbonne y sus aguas minerales», Caussard).

El Concilio de Autun (año 585), en concilio práctico y que aprecia el valor del vil metal, condenó ese uso y ordenó que los regalos fueran entregados a la Iglesia.

Las vírgenes sagradas.

La institución de las vírgenes sagradas o mujeres haciendo voto de castidad y consagradas al culto se halla en casi todas las religiones.

Los hindúes tenían a las «devadassi»; los romanos las vestales; los egipcios y los persas tenían también sus vírgenes dedicadas a su culto.

Las vírgenes hindúes se ocupaban perpetuamente del fuego que no debía apagarse jamás, en las pagodas, ante la trinidad hindú; los romanos el fuego eterno en el templo de Vesta, la diosa del fuego. Y así también entre los hebreos. El uso ha sido conservado y la llama vacilante de una lamparilla, imita en nuestras iglesias las religiones antiguas.

En Roma, si una vestal dejaba apagar el fuego, era azotada completamente en cueros, en el lugar más secreto del templo, por el gran pontífice. ¡El gran pontificado tenía ocupaciones curiosas! El sacerdote debía, si la vestal era joven y bonita, alegrarse los ojos a la vista de bellas protuberancias. Seguramente que más de una vez la corrección debía cambiarse en besos apasionados.

Pero no nos riamos de los antiguos. ¡Actualmente, la confesión de una jovencita por un hombre en un confesionario aislado y misterioso no es una ceremonia mucho más casta! Si las vestales perdían su virginidad, eran enterradas vivas. Actualmente se es más comprensivo para las vírgenes que, aún sagradas, pierden la cabeza... entre los brazos de un hombre. Ese voto de virginidad es

bien difícil de mantener y se tiene en cuenta la dificultad de su observancia. El malicioso Montaigne decía al respecto: «Yo creo más fácil el soportar toda la vida una coraza que la virginidad».

El lector habrá ya establecido el paralelo entre las vírgenes sagradas de la antigüedad y las monjas de hoy. Estas tienen por misión mantener atento el fuego de la superstición y fanatizar a la juventud. Las vestales modernas han unido al voto de castidad el de pobreza. Lo que explica que las congregaciones de mujeres son archimillonarias. Su recompensa es el millón en este mundo y el paraíso en el otro.

Más económicas y activas que los hombres, las congregacionistas son mucho más ricas. Ellas ejercen, toda clase de industrias y, cuando se lo proponen, son las primeras comerciantes del mundo.

El estudio de las religiones aleja la melancolía. Si en el seminario no se escondieran cuidadosamente al futuro sacerdote los orígenes de su religión, estad seguros que abandonaría corriendo su vocación para escapar al ridículo.

Y es que, en realidad, es divertido ver ese cura vestido con la sotana de los persas, llevando en el occipucio, en forma de tonsura, un pequeño sol romano; endosando una sobrepelliz griega, una casulla egipcia; llamando los fieles al sermón con campanas búdicas; lanzando con un hisopo romano agua bendita griega; predicando la antigua moral pagana y judía; administrando sacramentos judíos, persas, hindúes; cantando en latín a los fieles, que no comprenden una papa, los salmos sin pies ni cabeza del israelita David; haciendo procesiones a la moda griega, llamando padre al Dios que confiscaron a los judíos; adorando Jesús calcado sobre el Kristna hindú; ofreciendo, como los egipcios, un pájaro a la adoración de los fieles, habiendo hecho de sus tres dioses una Trinidad

copiada sobre la Trinidad de la India; habiendo resucitado bajo el nombre de soberano pontífice, los grandes sacerdotes romanos y judíos; habiéndose adaptado los paraísos de los persas, los in-

fiernos y los purgatorios romanos, los diablos de todas las acciones; ofreciendo al respeto de los fieles los ángeles de la guardia, de Platón, el santo aceite de los hebreos, el ostensorio de los hindúes, el incensario de los judíos, las letanías de la India, vistiendo gravemente la estola, antiguamente usada para las estatuas de ciertas diosas y para el buey de los sacrificios romanos.

CAPITULO XXIII

EL CEMENTERIO DE LAS RELIGIONES. LA MITOLOGÍA

La mitología o historia de las fábulas, forma el cementerio de las religiones muertas, el museo de la mentira religiosa, la necrópolis de los dogmas que han cesado de usarse y de los cultos pasados de moda.

En ella se hallan amontonados por centenares dioses y diosas, que pueblan el cuarto de los trastos viejos, todos ellos adorados en otras épocas por pueblos enteros.

Ellos forman el conjunto de procedimientos odiosos mediante los cuales los curas han engañado impúdicamente a la humanidad. Es el resumen de los métodos vergonzosos que les han permitido enriquecerse. Es la desoladora historia de todas las divinidades creadas punto por punto por los eternos explotadores de la credulidad humana, adoradas e imploradas por generaciones desaparecidas, luego abandonadas, ridiculizadas, destruidas, como lo serán un día las divinidades actuales.

La mitología, ese resumen elocuente de la experiencia de la humanidad en materia religiosa, contiene esta brutal enseñanza: la religión es la mentira convertida en dios.

¡Vosotros habéis desaparecido, gran Júpiter, bella Venus, sabia Minerva! ¡Apenas sí se os conoce!

Dioses y diosas de miles de religiones de antaño, dioses terribles implorados durante siglos por la humanidad, divinidades inmensas, curas mentirosos y temidos: ya no queda de vosotros más que la ceniza ligera del recuerdo. ¡Vosotros, que llenasteis el mundo, ahora os contenéis en las páginas de un libro de mitología, estrecho ataúd de los dioses!

La fe no reside sino en la confianza ciega y enfermiza, en la palabra de los magos, sacerdotes, profetas o brujos, que se pretenden los porteros del cielo y los mandatarios de cualquier divinidad.

Es la fe creada, animada, sostenida por los curas, la que da a los dioses de invención sacerdotal un amago de existencia. Cuando ella desaparece, esas divinidades de trapo, esos dioses ficticios, esas invenciones puras de la imaginación se desvanecen, los templos se vacían, los curas se dispersan o inventan un nuevo culto.

Todas las religiones se dicen infalibles y eternas. Pero, ¡ay! El tiempo, los hombres, las circunstancias, todos los días les dan un mentís. La muerte les acecha y la mitología, osario de las religiones muertas, les espera a todas.

Lo que sobrevivirá de los dioses de fabricación humana, de las absurdidades de los dogmas, de las tonterías de los cultos, es la religión del hombre honrado, el código del sabio, la maravillosa regla de conducta de la humanidad: la Moral.

NOTA:

La edición utilizada (CNT-1961) pasa directamente del capítulo XVII al XX, si bien tiene las páginas numeradas correlativamente. He corregido en lo posible fallos ortográficos y algún galicismo, no he comprobado las citas bíblicas.

Saludos.

Zaragoza, Abril de 2001

www.omegalfa.es
Biblioteca Virtual